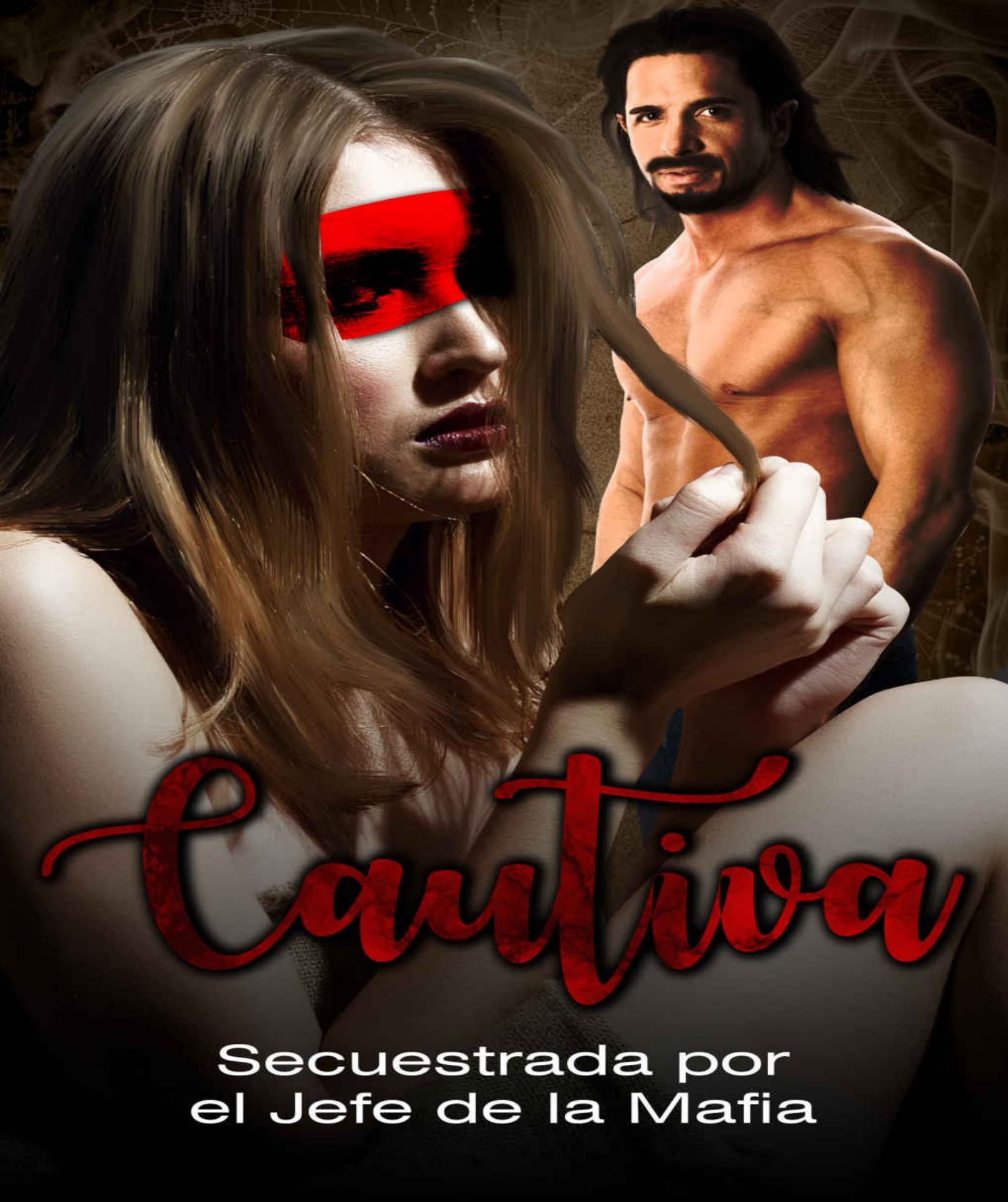
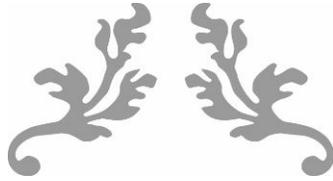


L A U R A L A G O



Cautiva

Secuestrada por
el Jefe de la Mafia



CAUTIVA

Secuestrada por el Jefe de la Mafia



Por **Laura Lago**

© Laura Lago 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Laura Lago.

Primera Edición.

Autora N°1 en Erótica y Política (España) en menos de 7 días a la venta.

Dedicado a;

Alba, por ser la mujer más exitosa que conozco.

Mi madre. Sin ella, esto no sería posible.

Capítulo 1

La estación de autobuses de este pueblucho a dos horas de Miami es tan fea y sucia como cabe esperar, pero no he venido a disfrutar de las vistas precisamente, aunque haya venido a mirar. Por el momento. Antes de actuar hay que vigilar y asegurarse de que todo está como debe. Solo un tonto se lanzaría hacia delante sin tenerlo todo preparado.

Me llevo las manos al bolsillo del pantalón, donde siento las llaves de mi coche y las de la casa. Sonrío. Todo listo. Ahora solo queda salvar a la princesa.

Mi princesa no ha nacido en un castillo, sino en una mansión. No es hija del rey y la reina, sino del jefe de la mafia de Miami y una bailarina de streaptease retirada con las tetas operadas. No se ha criado entre damas de compañía, sino entre niñas pijas y matones con barba de varios días, y no sabe cantar y atraer a los pájaros, pero se le da bien pintarse las uñas y ponerse pegatinas de esas tan vistosas que a las tías del 2000 les encantan.

Mi princesa no es una princesa, tal vez, pero es especial y es mía.

La he visto sentada en el banco frente a la dársena del autobús que la llevará desde aquí hasta California. Es normal que mi princesa quiera huir a un lugar parecido a este. En lugar de jubilados encontrará hippies, pero se sentirá como en casa en un sitio con playa, sol y turismo. Algún día me gustaría poder llevarla a Los Ángeles para que disfrute de la ciudad de las estrellas, y se pierda embobada por el Paseo de la Fama y el paseo marítimo de Santa Mónica, pero hoy no va a ser ese día.

No puedo dejar que se marche por su cuenta, porque mi princesa, aunque no haya vivido en un castillo precisamente, no sabe vivir en ninguna otra parte. Y aunque su torreón no haya estado custodiado por un dragón que escupe fuego, sino por el hijo de puta de su padre y sus quinientos matones con metralletas del mercado negro, necesita un caballero que la salve.

El caballero soy yo.

Aún es pronto para que se marche. Lyra ha mirado el reloj tres docenas de veces, pero todavía lo hace una vez más. Está ansiosa. Sé que lo está porque no deja de mordisquearse la uña del dedo meñique. Dejó de hacerlo hace tiempo, cuando empezó a pintarse las uñas tras verse cientos de tutoriales en YouTube, pero todavía le queda ese gesto nervioso.

Sé que cuando termine esta noche lamentará haberse desconchado la uña del meñique y que lo primero que hará será limarse los desperfectos y aplicarse una capa de laca para reparar los daños, pero ahora no puedo dejar de lamentar el pequeño berrinche que sufrirá cuando se dé cuenta de lo que está haciendo.

Tiene hambre. Lo sé porque la he visto mirando de reojo hacia el restaurante-diner que hay haciendo esquina al otro lado de las dársenas, entre los autobuses y los pasajeros que vienen y van. Sé que le encantaría hundir el tenedor en una bola de puré de patata y zamparse dos o tres hamburguesas, y un batido de chocolate como postre. Lo sé porque le gustaba que la llevase a sitios así, caseros y grasientos, como a los que iría cualquier cría de suburbio con un puñado menos de problemas.

La veo suspirar, rascarse la nuca, recoger la bolsa de viaje y dirigirse al diner. Sabe que es peligroso, que no debería dar más vueltas de las que ha dado ya, pero tiene hambre. Entra en el establecimiento intentando pasar desapercibida y pide mesa a una de las camareras que viste como si aún estuviéramos en los 50.

Tengo que moverme un poco para seguir mirándola. Las mesas más alejadas de la puerta están ocupadas. Mala suerte, Lyra. Se sienta en uno de esos asientos recubiertos de plástico que pretenden imitar al cuero y acepta la taza de café que le ofrece la camarera.

Veó cómo mueve los labios y pide algo; la camarera se va y Lyra se queda sola. Ojea su móvil sin dejar de echar miradas continuas hacia la puerta. Me siente. Sabe que estoy detrás de ella aunque me he cuidado de que no nos cruzáramos, ni tuviera ninguna sospecha acerca de mi presencia aquí. Mi princesa necesita a su caballero.

La camarera le trae un plato con huevos fritos, beicon bien hecho, puré de patata y un gofre con una bola de helado encima. A Lyra le gusta mezclar sabores. Es una chica peculiar. Le encantan las porquerías como la manzana verde con el queso azul o el sirope de frambuesa sobre las salchichas. Solía reírse de mí cuando ponía objeciones a sus creaciones de gourmet y me decía que la gente lo hace más a menudo de lo que pienso.

Oírla reír de nuevo es todo lo que quiero. Quiero que se pelee conmigo, que me llame cabezota, atrasado. Que me pase los dedos por el pelo y por la mandíbula áspera, que se queje cuando la beso y la pincho con la barba, que me clave las uñas en la espalda. Esa es la princesa que yo quiero, la que solía estar conmigo y disfrutaba, no la que se había separado de mí hecha una

maraña de miedos y remordimientos por culpa de su padre.

Ahora ya no puede hacerla daño. La protegeré. Hasta de sí misma, si es necesario.

Lyra tiene solo diecinueve años, pero a ratos parece una mujer de veinticinco. Tiene el pelo castaño muy claro, casi rubio, recogido en una coleta que deja al descubierto su cuello blanco. Me encantaba pasarle los labios por la nuca suave, clavarle los dientes en ella para que se estremeciera bajo mi cuerpo. Ojalá pueda hacerlo de nuevo.

Tiene las facciones delicadas, con una mandíbula claramente delineada pero no cuadrada, nariz respingona y pómulos altos. Sus ojos son de un gris claro casi plateado. Parece una princesa de verdad. Cuando le da el sol, le salen pecas muy graciosas sobre la nariz y los hombros, que a mí me encantaba contar.

A ella le daban vergüenza, no sé por qué. Decía que le hacían parecer imperfecta, inmadura. Pero a mí ella me parecía y me parece perfecta, y siempre será quince años más joven que yo, así que, ¿qué más da que le den cierto aspecto infantil? Yo sé que en el fondo es una mujer hecha y derecha y eso es todo lo que importa.

Doy un trago de la botella de agua que llevo en el bolsillo. Me encantaría poder sentarme con ella ahora mismo para disfrutar juntos de una cena con sabor a desayuno, pero sé que si me viera se asustaría. Pensaría, en primer lugar, que vengo a buscarla de parte de su padre. No sabe nada.

Después creería que vengo a hacer justamente lo que deseo: salvarla. Porque Lyra quiere demostrarle a todo el mundo, todo el tiempo, que es mayor e independiente, que no necesita la ayuda de nadie. No se da cuenta de que ha vivido hasta ahora en una torre de marfil y que el mundo es muy crudo y muy jodido.

Lyra engulle con prisa los huevos y el beicon, y parte del gofre. Deja el puré para el final, porque es lo que más le gusta, y pasa todo con tragos largos de café. De vez en cuando mira el móvil. Estará controlando la hora. Su autobús va a salir dentro de cuarenta minutos; tiene tiempo de sobra para comer, pagar y cambiarle el agua al canario si le apetece, pero ella se muere de ganas porque avancen los minutos y subir a ese autobús que cree que va a salvarle la vida.

No lo vas a hacer, cariño. Todavía no.

Saco un cigarrillo, me lo pongo entre los labios y lo enciendo. Es el último que voy a fumarme en bastante tiempo, así que decido que voy a disfrutarlo.

Cuando estaba con ella, me pidió que dejara de fumar y lo hice. Empecé hace tiempo, cuando era crío, y nunca me preocupó que pudiera matarme.

La vida como matón de la mafia ya pinta lo suficientemente jodida como para temer a unos palitos de papel y tabaco. Pero como ella no quería que mi boca oliera a cenicero, dejé de hacerlo. Volví a empezar cuando me dejó, pero ahora que las cosas van a cambiar tendré que abandonarlo de nuevo.

Saberlo hace que el cigarro sepa diferente, desagradable. Pero me lo fumo igual, calada a calada, mientras Lyra sigue cenando. Coge su bolso y se dirige al baño. Sé que no ha terminado porque el puré de patata está casi intacto. Ella no lo dejaría sin comer, por nerviosa que esté. Se debe de estar meando. Tiro el cigarro al suelo y lo piso, y voy al diner mientras exhalo la bocanada de humo.

Las camareras apenas reparan en mi presencia. Aunque soy un tipo grande, sé cómo pasar desapercibido cuando quiero. Me acercó a la mesa de Lyra y dejo caer una pastilla en su café más rápido de lo que nadie es capaz de percibir. Se disolverá en un momento, justo lo que ella tarde en volver del baño. Cojo uno de los folletos de la estación de autobuses que ofrecen cerca de la puerta, como si hubiera venido a buscar esto, y me voy.

Espero fuera. Lyra regresa del baño con el bolso en la mano y se sienta de nuevo. Se termina el puré de patatas y la taza de café. El sabor amargo de la bebida tapará cualquier rastro de los *roofies* que le acabo de echar dentro.

Me duele hacerle esto. No soy un violador cualquiera en una casa de fraternidad. No voy a aprovecharme de ella mientras está inconsciente, pero confieso que... sí, voy a secuestrarla. Ese ha sido mi plan desde el principio y por eso estoy aquí, vigilándola desde hace horas.

Es necesario.

Lyra deja un par de billetes sobre la mesa. Buena chica, nada de tarjetas de crédito. Se larga sin esperar a que le devuelvan el cambio y sale algo aturdida. La droga que le he echado funciona deprisa. Se tambalea ligeramente mientras se dirige hacia la dársela de la que su autobús saldrá en veinte minutos, pero ya no reconoce la estación de autobús como antes. Tiene que mirar varias veces los carteles y hasta trata de preguntarle a alguien, pero arrastra tanto la lengua que la mujer a la que ha parado se marcha por miedo a que esté drogada o borracha. Está confusa y desamparada. Lo siento mucho, princesa.

Me acerco a ella. Parpadea, confusa, pero no tarda en reconocerme.

—Marco... Marco... ¿qué hacesssss...?

—Ven conmigo, cariño —le digo mientras le paso una mano por la cintura.

Se deja llevar porque está demasiado confusa para luchar, pero sé que se muere de ganas de partirme la cara. La princesa en realidad es una guerrera, como yo. Una guerrera a la que tengo que adormecer antes de liberar.

—¡Quita! —me gruñe, y trata de clavarme las uñas en el brazo a través de la chaqueta, demasiado gruesa para que pueda hacerme daño.

—Vas a estar bien —le aseguro—. Ven. No luches.

Gime y busca ayuda, pero estamos solos. La he arrastrado rápidamente hasta el aparcamiento por una ruta donde no hay cámaras. Me empuja y la botella de agua cae desde mi bolsillo. Yo la tomo de la mano y tiro hacia mi coche. Abro la puerta.

—¡Marco, no! —insiste.

Le empujo la cabeza para que no se golpee contra el techo.

La droga termina de hacer efecto cuando su culo se hunde en el asiento del copiloto. Me aseguro de abrocharle bien el cinturón de seguridad. Le pongo el bolso sobre las piernas y cierro la puerta.

Rodeo el coche y me siento frente al volante. Mi respiración se ha acelerado. Sé que me va a odiar. Sé que va a pelear. Sé que se va a resistir.

Bien, no querría que fuera de ninguna otra forma.

Capítulo 2

Me despierto y mi cabeza me duele como si acabasen de hacer un *homerun* con ella. Encojo las piernas. Las sábanas rozan mis piernas desnudas. No recuerdo haber parado en ninguna parte. Pensé que dormiría en el autobús. Au. Joder, ¿por qué me duele tantísimo la cabeza?

Tengo la boca seca y ganas de vomitar. Palpo la almohada y abro los ojos. No reconozco este lugar. Todo huele a madera. El cabecero y las mesitas que rodean la cama doble en la que me encuentro son de madera rústica, como artesanales. Las ventanas también son rústicas y al otro lado de los cristales veo algo verde y algo azul, aunque mi vista aún no se ha acostumbrado a la luz. Mi cabeza está manifiestamente en contra de ella.

El sujetador se me clava en los costados y los tirantes se hincan en mis hombros. Yo siempre me lo quito. Llevo aún el top que me puse anoche, pero alguien me ha quitado los pantalones y los calcetines. Digo alguien porque no recuerdo haberlo hecho. Yo me habría desnudado por completo.

Entonces, en un fogaño doloroso, recuerdo el encuentro en la estación de autobuses. Alguien me ha drogado. Alguien me ha... traído aquí. Alguien me ha secuestrado.

El corazón se me acelera. Intento en vano tragar saliva, pero es como si tuviera la peor de las resacas y mis glándulas salivares se niegan a trabajar. Me incorporo mientras me aprieto las sienes y ahogo un gruñido. Junto a la cama veo mis pantalones y mis botas, pero no mi bolso. Maldita sea.

Me levanto y me tambaleo. Miro por la ventana. Rodeando la casa en la que estoy, que tiene pinta de cabaña rural en mitad de la montaña, veo un bosque de pinos y las paredes de roca gris de un monte que no reconozco. Joder, me he criado en Miami. Esto solo sale por la tele. ¿A dónde coño me han traído?

Me pongo los pantalones vaqueros y las botas, por si acaso tengo que patearle los huevos a alguien, y busco mi bolso sin suerte. La cabeza me martillea sin parar. No recuerdo haber entrado aquí, pero recuerdo un coche. Recuerdo...

—¿Marco? —pregunto en voz alta.

Oh, sí. Era Marco. Mi jodido exnovio matón de la mafia. ¿Quién si no iba a hacerme algo como esto? ¡Está tarado!

—¿Marco? —vuelvo a preguntar, pero nadie contesta. Pruebo a abrir la puerta de la habitación. Sorprendentemente, no está cerrada con llave. Estoy en el piso superior. El pasillo es escueto, uno de esos con barandilla que da directamente a la entrada. El dormitorio del otro lado está abierto, pero vacío. La cama está hecha. Hay una bolsa de viaje que reconozco, y no es la mía.

Bajo las escaleras intentando ser sigilosa. Mi primer impulso es ir a la cocina. Está equipada por completo: hay sartenes, ollas, una alacena llena de platos grabados... Pero todo eso no me interesa. Abro un cajón bajo uno de los mostradores de mármol y encuentro lo que busco. Es un cuchillo cebollero casi tan largo como mi antebrazo, con un filo que compruebo con la palma de la mano antes de guardarme. Nunca he usado un cuchillo para defenderme, pero en mi bolso siempre llevo una navaja de mariposa y me han enseñado cómo usarla. No tiene que ser muy diferente, ¿no? Consiste en clavársela al otro y ya.

Me dirijo a la puerta de la entrada y trato de abrir. Esta está cerrada. No sé si para mantenerme en el interior o para evitar que cualquiera del exterior pueda entrar, pero salvo por el camino de grava en el que está aparcado el coche de Marco no puedo decir que este sitio esté precisamente civilizado. A saber dónde está el vecino más cercano.

Giro sobre mis talones. Suena a agua corriente. Intuyo dónde están el salón y el comedor. La puerta que me queda tiene que ser el cuarto de baño. La abro sin dudar, con el cuchillo por delante, y entro.

El baño está reformado. El suelo es de baldosa y las paredes están alicatadas, y hay una bañera grande de hidromasaje que Marco está usando ahora mismo como ducha al otro lado de una mampara de plástico. El agua caliente le cae por los hombros y el pecho y le empapa el pelo, lleno de jabón. Cuando me ve se sorprende, pero no se asusta. Sonríe. Le enseño el cuchillo. Eso no le cambia el gesto.

—¡No te rías, hijo de puta! —le espeto. Él termina de aclararse y cierra el grifo, pero no abre la mampara—. ¡Sal de ahí! ¿Se puede saber qué coño me has hecho?

Marco coge una de las toallas que tiene preparadas y se la enrolla en torno a la cintura antes de abrir la mampara. Una nube de vapor me ahoga. Mis ojos divagan por su torso desnudo y chorreante hasta volver a su rostro. Aprieto los dientes, rabiosa, y levanto el cuchillo.

—Vas a llevarme a casa ahora mismo.

—No creo que quieras volver allí, cariño —dice con una sonrisa—.

Pensaba que estabas intentando huir de tu padre. ¿Tanto miedo te doy?

—No me das miedo. Lo que quiero es... es...

—¿Qué?

Dejo escapar un gruñido exasperado.

—¡Ojalá pudiera matarte ahora mismo!

—No creo que vayas a hacerlo —responde sin dejar de sonreír. Levanta una mano y me hace un gesto hacia abajo—. Deja el cuchillo, anda. No quiero que te hagas daño. Admito que no esperaba que tuvieras unos instintos tan vivos después de los *roofies*, pero no me gustarías tanto si no fuera así.

—¡Deja de ser así de paternalista y gilipollas! ¿Dónde estamos? ¿A qué coño me has traído aquí?

—Estamos en una cabaña en el bosque fuera del estado de Florida. He conducido todo el día para traerte hasta aquí. Aquí estamos seguros.

—Yo no te he pedido que hagas eso.

—Lo sé. Nunca me habrías pedido ayuda, por eso te la doy sin más.

Vuelvo a levantar el cuchillo, cabreada.

—¡No la necesito!

Marco se ríe.

—Cariño, dime, ¿cuál era tu plan? ¿Ir a Los Angeles y qué más? ¿Dónde ibas a quedarte? ¿Con quién? He visto que en tu bolso hay mucha pasta. Bien, pero mal. Si te roban, ¿qué? ¿Qué haces? —Aprieto los dientes, pero no digo nada—. Dime, ¿qué referencias tienes? ¿Qué estudios tienes? ¿Dónde iban a contratarte? ¿Cuánto tiempo tenías pensado tirar con ese dinero?

—¡Que te den por el culo!

—Cariño, —baja la voz y deja de reírse, lo que es un cambio. Ahora, más que cachondearse de mí parece que me tenga lástima, y no lo soporto—, sé que quieres marcharte de casa y escapar de tu padre. Bien, muy bien. Eso es cojonudo. Pero la vida es más dura de lo que te han hecho creer todo el tiempo. Aquí no hay nadie que vaya a protegerte, nadie va a perdonarte una cagada.

—Ya, pero para eso estás tú, ¿no? ¡El caballero salvador!

—Me puedes llamar así.

—¿En tu cabeza esto funcionaba? ¿Me hacías esto y yo... qué? ¿Me arrojaba a tus brazos y te daba las gracias?

—No serías tú si lo hicieras.

—Esto es secuestro, capullo. Por esto te meten en la cárcel.

—He hecho cosas para pasarme la vida en la cárcel de sobra. No me

importa.

—¿Y yo qué? ¿No te importa lo que yo piense? ¿Cómo me sienta yo al ver que me has traído aquí contra mi voluntad y que te lo has pasado todo por el forro?

Marco ladea la cabeza. Eso le ha dolido, pero sé que sabe que esto está mal. La gente como él, como mi padre, como los cabrones que trabajan para él, saben a la perfección que sus vidas no solo están fuera de la legalidad, sino también de la moralidad. Robar, violar, matar. Todo está permitido. Saben que no deben, pero se la suda. Hay motivos egoístas para hacerlo y en sus mentes son suficientes para justificarlo ante sus conciencias. Si es que aún tienen.

—Es un riesgo que tengo que correr —dice—. Voy a hacer las cosas bien a partir de ahora, te lo juro.

—¿Me vas a dejar volver a la civilización?

—Todavía no.

—Ah, cojonudo.

—No, escúchame. Me he propuesto traerte aquí y tenerte retenida durante dos días. Si en dos días no he conseguido que admitas quién eres y que tu destino es estar conmigo, te dejaré libre.

—Estás zumbado, cabrón.

—Probablemente.

—No pienso irme contigo a ninguna parte. Me da igual que me tengas aquí dos días o veinte. Antes te saco los ojos.

Vuelve a reírse y hace un gesto que me recuerda a cuando estábamos juntos y mi corazón amenazaba con salirse del pecho. Se roza la nuca con los dedos mientras se estira hacia atrás, como un niño juguetón. Maldita sea.

—Es un riesgo que no me importa correr, ya te lo he dicho. Sé que quizá después de todo esto no quieras volver a hablarme jamás, y con razón. Pero... ¿qué puedo decir? Te quiero. Quiero estar contigo. Y, sobre todo, no quiero que te pase nada malo. Has tenido los ovarios suficientes para dejar atrás a tu padre y no sabes lo muchísimo que me alegro de ello. Pero no puedes hacerlo todo sola. Me necesitas. Y yo te necesito a ti.

Suena sincero. Marco nunca ha roto una promesa. Nunca me ha hecho daño. Aunque sea un matón de la mafia, como novio era bastante aceptable. Qué coño, era la hostia. Rompimos porque yo consideré que éramos incompatibles, pero nunca me puso un dedo encima ni me jodió ni la mitad de lo que me habían jodido otros exnovios. A su manera tiene un código de honor. Era lo que más me atraía de él, al principio. Bueno, él y su cuerpo.

Así, medio desnudo, me puedo acordar muy bien de los ratos que pasábamos juntos. Marco se cuida bastante. Va al gimnasio a menudo y le gusta tener buen aspecto; debe de ser por su herencia italiana. Tiene la piel tostada y mediterránea, y el pelo negro y rizado corto. Sus ojos son de un castaño cálido y me contemplan como un cachorro desvalido, pero en esos labios gruesos hay una sonrisa de medio lado que me recuerda a la de un lobo. Sé que en el fondo es un tipo peligroso. Quizá por eso me gustase tanto.

—Eres un loco de mierda. —Bajo el cuchillo y suspiro.

Él relaja el gesto. Parece que por un momento empezase a pensar que de verdad fuera a pegarle dos o tres puñaladas. ¡Joder!

—Si no te importa —me dice mientras se abre la toalla para secarse los hombros, dejándome ver su parte del cuerpo favorita durante un momento—, me gustaría secarme y afeitarme como Dios manda antes de que tengamos la conversación que tenemos que tener. Voy a hacer el desayuno. ¿Por qué no subes y te cambias de ropa? Encontrarás tu bolsa de viaje bajo tu cama. La puse allí anoche.

Tuerzo el gesto y me dirijo a la puerta, pero la voz de Marco me detiene.

—Gracias por el voto de confianza. No me lo merecía —dice con voz calmada—. Ah, y Lyra. ¿Te importaría dejar el cuchillo de vuelta en la cocina? Ese va a ser mi voto de confianza hacia ti.

No digo nada, pero cuando salgo del baño vuelvo a la cocina y dejo el cuchillo donde lo he encontrado. Aunque haya decidido hacerle caso en esto, no pienso bajar la guardia. Aunque mi exnovio sea un cabrón encantador, esté muy bueno y tenga la polla bastante grande, esto no deja de ser un secuestro. Y yo no voy a dar mi brazo a torcer. Dentro de dos días, cuando me devuelva a la estación de autobús de la que me arrancó anoche, sabrá que ha optado por la vía difícil.

Capítulo 3

Vuelvo al piso de arriba y me aseguro de que en mi bolsa de viaje sigan las cosas que metí cuando decidí largarme de Miami. No es mucho, porque sabía que ir cargada no sería la mejor idea, pero hice acopio de las cosas imprescindibles, al menos durante un par de semanas.

Cogí cinco mudas de ropa, bragas de sobra, unas zapatillas cómodas para correr o moverme deprisa si lo necesitaba, un neceser con cepillo de dientes, pasta, hilo dental y una cuchilla de afeitar, una caja de tampones, el cargador del móvil, mis tres esmaltes de uñas favoritos, algodón y acetona, desodorante, pinzas de depilar, una caja de ibuprofeno y cepillo, peine y tijeras. Entre las bragas escondí varios fajos de billetes de 100 que le robé a mi padre antes de marcharme, aunque también llevo un buen puñado de billetes más pequeños por si acaso tengo problemas a la hora de cambiarlos.

En mi bolso, junto a la bolsa de viaje, encuentro mi cartera, mis tarjetas de crédito, algo más de dinero y mi móvil. Casi no le queda batería y, por lo que veo, a este sitio tan remoto no llega una mierda de cobertura. Por si acaso, lo pongo a cargar en un enchufe que encuentro junto a la mesita de noche y me pongo ropa limpia. Me arreglo el pelo como puedo mientras me miro en el espejo que cuelga junto a la puerta. Tengo cara de resaca, pero no de la buena. No voy a perdonarle a ese cabrón que me haya drogado. Necesito estar completamente alerta por lo que pueda pasar, así que me tomo una pastilla de ibuprofeno y la trago sin agua ni nada.

Cuando bajo por las escaleras de madera, desde la cocina llega un olor delicioso y el sonido del chisporroteo del beicon en la sartén. El estómago se me revuelve. No sé si optar por sentirme hambrienta, que lo estoy, o asustada, que también lo estoy. Y tampoco sé qué hacer cuando entre en la cocina y me encuentre al imbécil de mi exnovio haciendo su pantomima de hombre perfecto. Suspiro. Solo hay un modo de averiguarlo.

Lo veo de espaldas a mí, grande y ancho como es, meneando una sartén con huevos revueltos mientras vigila la plancha con beicon y salchichas. A un lado ha colocado dos platos vacíos, supongo que para nosotros. En la mesa, junto a la ventana, ha colocado una jarra de zumo de naranja. Una leve brisa entra desde fuera, huele a pino y a montaña.

—Parece un anuncio —murmuro al ver la mesa así, colocada a la

perfección para que yo me la encuentre y alucine con lo atento y galante que es mi ex.

—¿Ya estás aquí? —se vuelve, sonriente. Se ha puesto una camisa de botones azul y unos pantalones de vestir negros. Cualquiera diría que pretende participar en una reunión de empresa, en lugar de pasar una mañana secuestrando a una joven indefensa—. Qué bien, justo acabo de terminar.

Sirve los huevos revueltos en los dos platos, seguidos del beicon y dos tostadas que acaban de saltar en la tostadora. En la cafetera rústica humea café. Sin preguntarme, lo sirve tal y como me gusta. Él hace lo propio y me indica que lo lleve a la mesa mientras porta los dos platos.

Se quita el delantal y lo deja sobre la barra americana antes de separar la silla en la que me sentaré yo como si fuera un galán de película. Acepto su gesto, pero mantengo la expresión dura y firme. No me va a comprar con esta fotocopia de príncipe ideal.

—Espero haber hecho el beicon a tu gusto —dice cogiendo el tenedor y el cuchillo—. Que aproveche.

Empieza a comer como si nada. El beicon huele delicioso, igual que el café y el zumo. Antes que nada, me sirvo un vaso grande y me lo bebo. Está fresco y dulce. Me ayuda a bajar la pastilla que tenía atorada en la garganta y supongo que necesito hidratarme para que la sensación de resaca de desvanezca del todo.

Pruebo un poco de los huevos revueltos y me contengo para no dejar escapar un suspiro. Hacía tiempo que no comía unos tan bien hechos, pero no pienso decírselo. El beicon está crujiente y salado y se complementa muy bien con la textura esponjosa y dulce de los huevos. Marco mastica sin decir nada, sonriéndome. Dios, parece un psicópata.

Toma un sorbo de café pero no se sirve zumo. No le gusta.

—¿El zumo está también drogado? —pregunto, revuelta.

—No —responde sonriente—. No hay nada drogado. Lo de los *roofies* ha sido solo para traerte hasta aquí sin que protestaras. No va a ser algo habitual. Vas a ser tú misma, como quieras ser, tomando las decisiones que tú prefieras.

—¿Y si quiero irme ya?

—El trato es que puedes irte el lunes, no hoy. ¿No te acuerdas?

Resoplo y doy un mordisco a la tostada después de empaparla en la grasa del beicon. Marco da otro sorbo de café.

—Tengo que admitir que me ha sorprendido gratamente ver que pensabas huir de tu padre, por fin. Después de todo este tiempo, ¿por qué ahora?

Encojo un hombro y bufo. No quiero hablar de esto con él. Bajo la mirada y la clavo en las vetas del beicon, imaginándome la pinta que tendría un cadáver escondido en el bosque después de un tiempo.

—¿Te ha hecho daño? —pregunta, alzando un poco la voz. Preocupado. Sí, siempre le preocupó lo que mi padre pudiera hacer conmigo, como si obedecer sus órdenes y matar o extorsionar a quien él le dijera no fuese malo en sí mismo. Como si Marco no fuese a hacer daño a otras personas si hubiera dinero de por medio, o si mi padre se lo ordenara.

—A mí no —murmuro—. Pero estoy bastante segura de que hizo que mataran a mi amiga Stacey.

—¿Stacey? ¿La pelirroja? —Vaya, se acuerda de ella. Marco frunce el ceño—. ¿Por qué?

—Después de que te fueras, Stacey se lio con Carlo, otro de los hombres de mi padre. Por entonces, los federales empezaron a dar más la tabarra que de costumbre. Encontraron un par de pisos francos. No había demasiado contra nadie importante, pero a mi padre lo irritó y el pánico comenzó a cundir entre todos sus hombres. Alguien debió de decir que todo había comenzado cuando Stacey empezó con Carlo. Alguien dijo que todo era culpa suya, que estaba hablando con quien no debía... —Suspiro. Recordar esto duele—. Un día, Stacey desapareció. Nadie supo a dónde había ido. Cuando pregunté a Carlo, me dijo que sospechaba que se la había pegado con un surfista y que había huido con él a California. Sé que no es eso. Stacey me lo habría dicho. Stacey quería a Carlo. Pero él... Cuando me lo dijo, parecía que se reía. —Se me escapa una lágrima sin querer. Rueda por mi mejilla sin que yo la haya invitado y quiero arrancármela de ahí antes de que Marco la vea. Siempre he creído que llorar es un signo de debilidad, pero no es así. No soy débil. Solo echo de menos a mi mejor amiga y quiero que mi padre y su grupo de asesinos pague por esto—. Mataron a mi mejor amiga por una sospecha estúpida. Su vida no vale nada para ellos. Ni para ellos ni para... los hombres como tú, como mi padre.

—Tu vida sí valía —dice Marco—. Seguramente fueras la persona más segura en ese lugar. Todo el mundo habría hecho lo que fuera por protegerte, siendo la hija del jefe.

—Yo no me sentía así. Y de todos modos, ¿de qué sirve eso? —Dejo caer el tenedor. El golpe retumba contra las paredes y me ensordece—. Yo no puedo vivir sabiendo que mi padre tiene la sangre de Stacey en las manos. La sangre de Stacey y... y...

Me echo a llorar, no puedo evitarlo. Añoro a mi amiga. Odio a mi padre. Odio todo este asunto de la mafia, la violencia, las bandas... A menudo, cuando era pequeña, soñaba con tener una vida normal, sin la sospecha de que mi padre mataba personas en lugar de trabajar en una oficina como la gente corriente. En la tele no salían hombres como mi padre, ni familias como la mía. Yo sabía lo que éramos. No lo quería. Nunca lo quise.

Marco se pone de pie y se me acerca, pero yo me levanto antes de que me toque, envarada.

—No me toques. Ya me has tocado suficiente esta noche.

—No te he hecho nada —dice, sorprendido por la acusación—. Solo te he quitado los pantalones para que durmieras más tranquila.

—No soy una muñequita, como tú crees. No soy una princesa desvalida. No soy idiota. —Marco frunce los labios—. No necesito tu ayuda, ni tu caballerosidad, ni tus desayunos de mierda. Deberías haberme dejado tranquila. Ahora estaría camino de California y más lejos de mi padre de lo que estamos ahora, probablemente.

Marco suspira. Acepta mi negativa, pero sé que no se ha rendido del todo. Recoge los platos del desayuno y los lleva a la pila para fregarlos. Yo aprovecho y salgo de la cabaña a través de la puerta delantera, que no está cerrada con llave.

El porche cruje bajo mis pies. Los árboles se mecen a lo lejos. Hay aves sobrevolando el monte y quiero que me salgan alas para ir con ellos. Quiero sentirme libre y feliz, ir a donde yo quiera, sin que nadie me lo impida. Pero al psicópata de Marco le ha dado por jugar a este juego desesperado donde pretende seducirme antes de que nos separemos para siempre. Qué idiota.

Me limpio las lágrimas con la base de la mano y bajo las escaleras del porche para echar un vistazo alrededor de la casa. Hay un camino de tierra y grava que, si sigo, probablemente lleve a una carretera secundaria mal iluminada y señalizada. Nunca he estado aquí y no puedo precisar en qué estado estamos. Marco bien podría haber estado conduciendo toda la noche, o varios días, hasta llevarme a donde se le antojara. Estoy perdida. La única opción que tengo es seguirle el juego y esperar a que se canse.

Si es que va a cansarse de verdad.

Capítulo 4

Deambulo un rato por los alrededores de la casa hasta que se me pasan las ganas de llorar y consigo devolver a Stacey al cajón donde la guardo para poder hacer cosas con mi vida sin que la tristeza me derribe.

Marco es un bruto. Es violento y sé que ha matado a gente. Sé que volvería a hacerlo si le conviniera. No ha tenido ningún remordimiento a la hora de drogarme y traerme aquí en contra de su voluntad. Es su naturaleza.

Pero... Sé que tiene buena intención. Aunque sea paternalista, que me haya apartado de la carretera para intentar ayudarme no ha sido necesariamente malo. Él siempre me dijo que tenía que alejarme de mi padre, que no me convenía quedarme en una casa de muerte.

La verdad es que, de todos los tíos con los que he salido, Marco es el mejor de todos. No sé cómo me lo monto, pero siempre acabo sintiéndome atraída por gente sin escrúpulos, como él. Gente que hace daño. Antes me hacían daño a mí con sus celos y sus temperamentos. Marco, en cambio, solo hace daño a otras personas.

Pero, ¿qué estoy pensando? No puedes escaparte de una familia de mafiosos para pensar en volver a caer en el juego de otro. Los chicos normales no secuestran a nadie. Me merezco a un tío normal, a alguien bueno de verdad, de pies a cabeza.

—No estás hecha para los otros chicos —dice Marco a mi espalda, como si me hubiera leído la mente—. Buscas lo que has tenido siempre: un matón, como tu padre.

—¿Aún sigues intentando manipularme? —pregunto antes de darme la vuelta.

Marco está serio cuando lo encaro.

—Cariño, tú viniste a buscarme. Acuérdate.

Mi mente se ve transportada a una fiesta de hace dos años. Era la celebración del cumpleaños de mi prima Jenny, que acababa de hacer los dieciséis. Quería una fiesta por todo lo alto y eso le dieron. Limusinas, vestidos carísimos, un concierto privado, más regalos de los que había visto juntos en su vida y un montón de invitados que quizá sabían o quizá no que todo lo que veían estaba pagado con dinero negro.

Por entonces, yo tenía diecisiete, casi dieciocho. Todavía no había caído

la gota que llenase el vaso, pero estaba muy cerca y yo me moría de ganas de escapar de allí. Tenía que acabar el bachillerato para poder plantearme ir a la universidad; elegiría una bien lejos de mi casa como excusa para no quedarme allí, pero sabía que seguiría dependiendo de la caridad y el dinero de mi padre. Era una solución pobre, pero la única esperanza que tenía mientras mantenía la boca cerrada, sonreía y hacía como que todo iba bien.

Me dediqué a tomar Coca-cola en una esquina mientras veía a mi familia ir y venir. La música del concierto estaba a todo volumen. Había gente bailando, pero mi prima Jenny estaba más preocupada por lucir su nuevo collar de brillantes y su vestido de ensueño que por la música. Había venido hacía un rato para enseñármelos y yo había reído y elogiado su buen gusto, pero en realidad no tenía ganas de estar allí. Quería largarme a cualquier otro lado, así que eso hice.

Salí de la sala de fiestas de la mansión de mi tía y me dediqué a vagabundear por los alrededores del jardín. Era de noche. Algunas de las flores se abrían entonces y su perfume flotaba en el ambiente. La luna parecía una visión en mitad de un cielo cubierto por polución, pero aún mantenía su encanto.

Suspiré mientras consideraba la posibilidad de volver a entrar cuando vi a lo lejos cómo un hombre vestido de traje se apostaba delante de una de las puertas de la mansión. No había que ser un genio para saber que era otro de los esbirros de su padre, vigilante. Cualquiera de los enemigos de mi padre habría aprovechado para atacarnos en ese momento, así que él extremaba la seguridad. A este no le conocía. Era más joven que muchos, pero aún seguía siendo mayor que yo. Tenía el pelo oscuro y la tez morena. Se veía el bulto de la pistola bajo una de sus axilas, oculto tras la chaqueta del traje.

Me pregunté qué haría alguien como él en ese lugar, cómo habría llegado allí justamente. Por qué alguien decidiría, sin que nadie le obligase, unirse a la organización de mi padre. Qué pensaría de nosotros, que disfrutábamos como si tal cosa de un cumpleaños cuando en realidad habíamos construido nuestra riqueza y poder sobre la vida de otros. Probablemente nos envidiara.

Pero, aun así, hubo algo que me atrajo hacia él. No sé si fue su atractivo o el aburrimiento, pero me encontré a su lado sin querer ni saber por qué, sonriéndole.

Marco me devolvió la sonrisa, pero se tensó como si fuera un guardia descerebrado más, en lugar de una persona de carne y hueso.

—¿No te aburres? —pregunté, apoyada contra la pared.

—¿De qué?

—De vigilar, todo el día.

—Hago más cosas.

—¿Cómo qué?

Marco sonrió otra vez.

—Depende de lo que haga falta que haga.

—¿Sabes quién soy?

—Sí.

—Pero yo no sé quién eres tú. ¿Desde hace cuánto trabajas para mi padre?

—Desde hace un par de años, pero hasta ahora nunca me habían traído a su casa. Siempre he trabajado para él en... otros sitios.

Me pregunté en ese momento qué haría para él. ¿Sería un distribuidor de droga? ¿De armas? ¿Mataría para él? ¿A cuántos habría matado? ¿Habría hecho algo peor que eso? ¿Habría cometido algún crimen imperdonable, algo horrible que ni siquiera podría imaginarme?

Marco sonrió. Me sorprendió lo tímido que parecía en ese momento, como si no se atreviera del todo a hablar conmigo. Era algo prohibido, estaba claro. No podía charlar con la hija adolescente del jefe como si tal cosa. Y, aun así, los dos queríamos. Los dos, por la razón que fuera, habíamos acabado allí para conocernos y tener una conversación intensa. Se notaba en el ambiente.

—Soy Marco, por cierto —aclaró, y me tendió la mano rápido después de asegurarse de que nadie a nuestro alrededor nos vería.

La estreché. Estaba caliente y firme. Sus dedos se acomodaron a los míos sin problema, apretándolos suavemente. Me pregunté si aquellas manos habrían partido algún cuello. Si me harían daño si mi padre así lo requería.

—Yo soy Lyra, pero ya lo sabes —dije, tragándome la inquietud y obligándome a mirar a aquel hombre a los ojos.

—Sí, pero hasta ahora nunca te había visto de cerca.

—¿Y te gusta lo que ves? —pregunto, más descarada de lo que me imaginaba en un principio.

Marco se queda parado, serio. Asiente levemente.

—Sí. Mucho.

En ese momento no supe cómo tomármelo. Su mirada era intensa. Ya no quedaba espacio para la timidez. No sé explicarlo, pero hubo una conexión, un chasquido. Algo que hizo que nuestras mentes se acompasaran durante un segundo, como si las personas que éramos se solaparan. De pronto, yo sabía quién era él y él sabía quién era yo. Y lo que pensábamos de ello no

importaba, porque nos conocíamos.

Nos pasamos el resto de la hora hablando y coqueteando, ocultos de las miradas ajenas en aquel lugar recóndito del jardín. Yo le miraba de reojo, jugaba a evadir su mirada y sonreía cuando descubría que no podía. Los dos nos atraíamos mucho. Éramos conscientes de lo que estaba en juego, de lo que podría pasarnos a los dos si alguien descubría lo que estaba pasando. Pero ni a él ni a mí nos preocupó en ese momento, y tampoco en los meses siguientes.

Aquella noche, con el corazón palpitándome a toda velocidad y tan inquieta que no podía parar de cambiar el peso de un pie a otro, nos besamos. Sus labios estaban calientes y húmedos, su barba incipiente me rozó la barbilla con un cosquilleo. Apoyé las manos sobre su pecho, abarcando la dureza de sus pectorales con los dedos como si no me atreviera del todo a creer que aquel hombre fuera de verdad. Él me sujetó de la cintura y me atrajo hacia sí mismo con suavidad.

Cuando rompimos el beso, supe que quería seguir besándolo mucho más. Supe que quería hacer más que eso. Supe que, si por mí fuera, le habría arrancado la ropa allí mismo y habría dado rienda suelta a mis deseos y mis bajos instintos, deleitándome en los labios y el cuerpo de Marco como si nunca hubiera conocido nada parecido.

No lo hice, porque debíamos tener cuidado. Pero sí que alargamos la charla, volvimos a besarnos unas cuantas veces y nos prometimos reencontrarnos con intimidad suficiente para al fin desnudarnos mutuamente y saciar el deseo que nos provocábamos.

El recuerdo me llena la cabeza y los sentidos, y cuando vuelvo al presente y miro a Marco a los ojos, jadeo. Siento de nuevo el tirón en lo más profundo de mi vientre, la sed que no se saciará de cualquier manera. Siento que deseo a este hombre. Siento que lo quiero, que lo querré más de lo que es bueno para mí. Él me devuelve la mirada y sonrío.

Si me ha recordado nuestro primer beso es porque intenta reavivar en mí ese deseo salvaje, ese desdén por las consecuencias.

Me obligo a recordarme que quiero cortar con todo esto, alejarme de lo que lleva la mancha de mi padre. No quiero volver a repetir los errores de siempre, enredarme con hombres violentos que no son capaces de vivir como personas normales y corrientes. Marco, maldito Marco, es un matón, un asesino y, ahora con más razón que nunca, un secuestrador. Esto es de lo que intentaba alejarme. Por mucho que me arda la sangre en las venas y me hormiguee el vientre cuando pienso en mis dedos perdiéndose en su cabello

rizado, tengo que ser firme.

Dos días. Dos días y esto habrá terminado. Le habré demostrado que no soy la chica en peligro que él cree, que puedo tomar mis propias decisiones.

Pero... ¿y qué pasará después? Él se irá por su lado y yo por el mío, y tendremos que vivir con la certeza de que nuestros caminos no podrán volver a encontrarse. ¿Podré vivir alejada de él para siempre? ¿Podré vivir sabiendo que mis recuerdos no son más que eso, que nunca podré recuperarlos?

La idea se me clava como una espina atravesada en la garganta. Estoy muy cerca de acercarme a él y suplicarle un beso, pero consigo evitarlo a tiempo.

Capítulo 5

Marco decide que comeremos fuera de casa, junto al río. Se pasa gran parte de la mañana cocinando algo que no me deja ver, así que tengo tiempo de pensar en mis cosas y en mis sentimientos mientras el olor del ajo y la cebolla llena la casa. En mi mente sigue revolviéndose la imagen y el recuerdo de la fiesta de mi prima, y de las cosas que ocurrieron luego. Tengo que obligarme a suspirar y apartar de mí esos pensamientos, y cuando al fin lo consigo Marco aparece con un mantel y me dice que pronto podremos comer.

Lo prepara todo sin explicar nada. Ha encontrado un mantel de picnic de esos típicos, con sus cuadrados rojos y blancos, y lo ha colocado junto a la ribera. Las hojas de los árboles chocan entre sí con el viento suave sobre nuestras cabezas, y el río fluye cantarín a nuestra derecha.

Marco ha llevado una olla, platos, cubiertos y copas, y lo que parece una nevera portátil en la que ha refrescado vino espumoso.

—Sujeta la copa mientras te sirvo —indica con voz suave después de descorchar la botella con un sonoro *¡pop!*—. Me han recomendado encarecidamente este vino. Mira, huele bien. —Aspira el aroma que fluye desde el interior antes de escanciar un par de dedos de líquido en mi copa. El vino, de un tono rojizo transparente, se revuelve con burbujas blancas—. Creo que es de los que te gustan.

—¿Estás intentando emborracharme? —pregunto con una ceja enarcada antes de oler el vino.

Es precisamente del tipo que me gusta. Lo pruebo. Está ácido, pero aun así dulce. Sé que esto me pegará fuerte en la cabeza, así que me aseguro a mí misma que beberé con precaución. No quiero que desequilibren la balanza de mi cordura en cuanto Marco suba la apuesta de galanterías.

Él se ríe.

—No, no. Te quiero sobria. Ya te he dicho que no pretendo manipularte de ninguna manera y que lo de las drogas ha sido algo provisional.

—A mí todo esto me parece bastante manipulador, Marco.

—Llámalo como quieras. Solo estoy intentando ser amable y demostrarte lo que podemos volver a ser, si quieres.

Se sirve vino y da un sorbo antes de abrir la olla. Los aromas del tomate, la carne y la cebolla flotan en el aire. Ha cocinado lo que parecen fettuccini a

la boloñesa con albahaca fresca picada. Me ruge el estómago, como si se me hubiera vaciado al instante gracias al delicioso aroma de la pasta.

—He seguido la receta de mi abuela materna —dice Marco con una sonrisa orgullosa—. Estoy seguro de que te va a volver loca.

La boca se me llena de saliva al imaginarme la carne, la albahaca y el tomate. Además, ha traído consigo un trozo de parmesano fresco para rallar sobre la pasta. Me conoce demasiado bien. Sabe que adoro este tipo de comida hogareña que hace sentir mejor. Prefiero comer pasta o beicon y tostadas que algo sofisticado en el restaurante de turno mil veces. Aunque nos hayamos criado en una casa de dinero, yo siempre me he sentido incómoda con las demostraciones de opulencia de ese tipo. En el fondo soy una chica sencilla, como Marco.

Aprieto los dientes, pero acerco el plato para que me sirva los fettuccini, y espero hasta que ralla parmesano sobre ellos para dar la primera pinchada y probarlos.

Maldita sea, están deliciosos. Saben justo como tienen que saber. La albahaca le da el toque justo de aroma para que todos los ingredientes se combinen y parezca que te estás metiendo un trozo de Nápoles en la boca.

Marco me observa con una sonrisa torcida. Seguro que se está retorciendo de placer al ver lo que es capaz de hacer con mis papilas gustativas. Alza una mano y la acerca a mi cara. Me tensó, pensando que quiere acariciarme, pero lo que hace es retirar de mi barbilla una gota de tomate y llevársela a los labios.

—Muy rico, ¿no te parece?

—Están buenos —digo a regañadientes.

Él se echa a reír.

—Sí, sí, ya lo veo.

—No creas que vas a poder conquistarme por el estómago —adviento mientras retuerzo el tenedor entre los fettuccini para hacer un pequeño ovillo que meterme en la boca—. No funcionará.

—Cariño, ya te he conquistado. Lo único que tengo que hacer es recordártelo.

Quiero dejar de comer y marcharme, pero no puedo. No solo está bueno, sino que la presencia de Marco, la paz del río y el olor del bosque me tranquilizan. Dar vueltas en soledad en la casa solo me dará ansiedad. Además, el vino está bueno y también ayuda.

Me como el plato y un poco más. Marco ha hecho de sobra para repetir,

supongo que porque imaginaba que lo haría. Bebo una copa de vino y él me sirve más. Me aseguro de no ser la única que bebe; no quiero acabar achispada y que él tenga todo el control. No sería el primero que lo intenta. Pero lo que ha dicho es cierto: no pretende emborracharme, solo que tengamos la mejor comida posible.

—Espero que hayas dejado espacio para la tarta —me dice, y sonrío otra vez.

—¿Tarta? ¿Has hecho tarta?

—Nunca se me ha dado bien la repostería. Hay que seguir las normas o los bizcochos no suben. —Se vuelve para mostrarme una caja de cartón con el nombre de una pastelería y una dirección que ha arrancado para asegurarse de que yo no hago cábalas sobre dónde nos encontramos—. Espero que te guste.

Al abrirla, veo un bizcocho redondo cubierto por glaseado de violetas y frambuesas, con hilos de chocolate como decoración. No importa que me haya dado un atracón de pasta: me muero de ganas de probar esto.

Marco saca dos platos pequeños y corta un trozo para cada uno. Me tiende una cucharilla labrada en plata para que lo pruebe. La tarta está muy buena, jugosa, y sabe mucho mejor que cualquier pastel hiperazucarado que mi madre haya traído a casa alguna vez.

No hablamos mucho mientras comemos. Marco tiene cuidado de no mancharse de glaseado. Cada vez que se mete un trozo en la boca, me mira. Yo me estremezco. Tengo que concentrarme en lo que estoy haciendo para que el plato de postre no se me resbale y acabe rodando por la hierba. ¡Lo que nos faltaba!

Al terminar, él recoge los platos sucios y los aparta. Los deja fuera del mantel aunque eso implique que las hormigas se vayan a dar un festín con las migas de los platos. Aprovecha para moverse en mi dirección y servirse más vino. El viento le remueve los rizos oscuros y mi corazón se me retuerce en el pecho. ¿Por qué es tan atractivo? ¿Por qué huele tan bien?

Su rodilla roza la mía y yo, no sé por qué, no me aparto. Su hombro está cerca del mío, igual que su mano. Sus ojos me buscan. Bebo un sorbo de vino. Su cercanía me pone nerviosa, ansiosa. Me gustaría poder tocarlo, pero... No, es mejor que no lo haga. Si empiezo no sé si podría parar y he decidido que no quiero perder el control.

No, no es justo.

Marco alza una mano y me aparta un mechón de pelo con delicadeza.

—Estás preciosa, Lyra. Siempre has sido preciosa, pero ahora te veo aún

más bonita.

Río entre dientes.

—¿Y eso por qué? ¿Porque estoy tensa? ¿Porque te gusta ponerme nerviosa?

Marco niega con la cabeza.

—No, para nada. No me gusta que estés a la defensiva. Tampoco me gusta que saltes cuando te toco. Me gustaba más cuando aceptabas mi mano en la tuya, mi cercanía... Esto es demasiado extraño. —Vuelve a acariciarme la mejilla con la yema del dedo—. Estoy acostumbrado a la confianza, no a esto. ¿No te acuerdas de cómo solíamos ser?

Bajo la cabeza. Él se acerca un poco más.

—Dejaste de temblar pronto. Nunca has sido una cría. Te dejabas besar y tocar, me buscabas para que lo hiciera. Desde la primera vez, Lyra.

Suspiro.

—Sí...

—¿Te acuerdas de aquella tarde? Yo me acuerdo muy a menudo. —Sus nudillos me rozan la barbilla—. Cómo no podíamos quitarnos las manos de encima. Nos arrancamos la ropa y nos devoramos el uno al otro. No sé cómo no prendimos fuego a la cama de tanto usarla. Nunca había follado tanto ni durante tanto tiempo. Pedimos servicio de habitaciones y los dueños del hotel se quejaron por el ruido, pero nos dio igual, ¿recuerdas? Dijiste que pagarías cualquier recargo que nos hicieran.

—Y lo pagué —digo a media voz.

—Sí. Después de todo, partimos la pata de la cama. —Marco sonrío. Está muy cerca. Su aliento me roza el oído. Su mano vagabundea cerca de mi vientre. Ojalá me tocara con ella—. Nunca me había pasado algo parecido. Nunca había sido tan feral, tan alocado. Me encadenaste a ti desde ese momento. Siempre supe que no eras una niña, tampoco una princesa. Siempre supe que eras como yo.

Sus labios me acarician el lóbulo de la oreja sin llegar a besarla. Contengo un suspiro. Sé que no va a tocarme si no se lo pido, que juega a eso. Sus palabras me han hecho recordar nuestra primera vez, los dientes apretados y las uñas clavadas en la espalda hasta que brota la sangre. Sé que no está bien, sé que no debo... Pero entre las piernas me cosquillea el deseo, tanto como el aliento de Marco en el cuello.

Me giro y le miro a los ojos. Sin mediar palabra, lo beso. Nuestros labios se encuentran con la misma intensidad que la primera vez. Me aprieto contra

su cuerpo, le clavo los dedos en los hombros y busco su lengua con fruición. Él ladea la cabeza para hacerme espacio y me mordisquea el labio inferior. Suspiro contra su boca, me estremezco. Quiero más. Quiero mucho más, lo quiero todo. Pero...

Pero...

Me separo. Tengo que ser dueña de mí misma. No puedo dejarme llevar por las emociones y los recuerdos. Esto está mal. Marco y yo no podemos seguir haciendo esto. Tengo un destino en California, y él no está incluido.

—Para —digo, aunque haya empezado yo, y él se aparta con los ojos llenos de deseo. No va a obligarme ni a presionarme. Se lo agradezco, pero no puedo confiar en mí misma. Mientras esté aquí, a mi lado, tan caliente y vivo, tan atractivo, no soy capaz de jurar que no volveré a besarlo. Caer en esta tentación sería demasiado fácil.

—Todo está bien —murmura él.

Sacudo la cabeza.

—Voy a volver a la casa. No me sigas.

Me levanto y él no hace ademán de detenerme. La copa de vino se derrama sobre el mantel y yo regreso a la cabaña a grandes zancadas, escondiéndome de mi propio deseo, de mi pasado y de lo mucho que me atrae este hombre que tan poco me conviene.

Capítulo 6

Todo esto ha sido un error. Odio a Marco. Me conoce demasiado bien y está utilizando trucos bajos. Mafioso tenía que ser. ¿Por qué no escogí a un chico de bien, alguien cuyo defecto fuera eructar demasiado alto o ver la tele en calzoncillos todo el día? ¿Por qué tuve que caer prendida del tipo peligroso y oscuro, el que sabe pulsar mis botones hasta que saca de mí lo que quiere... y lo que a mí me da más miedo?

Si no hubiera tenido la cabeza fría, creo que habría perdido la capacidad de razonar y habría hecho algo más que besarlo. Habría... No, Lyra, no lo pienses. Tienes que buscar una manera de que todo esto termine antes de que sea demasiado tarde.

Te ha dado dos días y casi has conseguido sobrevivir a la mitad del primero. Debes seguir así. Cabeza fría. Recuerda tu objetivo. Recuerda que si superas esto no tendrá otro remedio que devolvarte a la ciudad y dejarte marchar. Tienes que demostrarle (y demostrarte) que no tiene poder sobre ti y que sus triquiñuelas no son solo eso.

Como si fuera tan fácil.

Subo a mi habitación y cojo el móvil. Está cargado ya, pero no tiene cobertura. Por si acaso, me muevo con él por todo el piso de arriba, me acerco a las ventanas y pulso los botones frenética en un intento de contactar con el mundo exterior. ¿A quién llamo? ¿A la policía? No, no quiero que me encuentren y tampoco quiero meter a Marco en un lío, aunque se lo merezca. No tengo amigas que puedan ayudarme. En realidad, estoy sola y no tengo plan alguno. Maldita sea.

Dejo escapar un gruñido y lo tiro contra la cama. Malditos cacharros tecnológicos. ¿De qué sirve que haya tantos satélites y tantas antenas por todas partes si con que te alejes unas horas de una ciudad dejas de poder comunicarte con el mundo exterior?

Abro mi bolso y rebusco hasta encontrar mi navaja plegable. La abro sin producir un sonido. El filo y la punta son peligrosos, aunque por su tamaño no lo parezca. Pienso... pienso muchas cosas. Y me dan miedo.

—¿Qué haces? —pregunta Marco, en la puerta, y la navaja está a punto de caérseme al suelo.

Aprieto los dientes y me acerco a él con la navaja por delante. No cambia

de expresión cuando le amenazo con ella y se la pongo al cuello, que noto caliente contra mis dedos.

—¡Dame las llaves del coche! —le exijo.

Sus ojos se encuentran con los míos. Va a intentar una de sus maniobras de manipulación, pero no pienso permitirselo.

—Podría matarte, Marco. Lo sabes.

—Sí.

—Si te matase, sería defensa propia. Me has secuestrado. Puedo hacer cualquier cosa por escapar.

Marco sonrío.

—¿Incluso después de aceptar mi desayuno, mi comida y mi vino?

—¿Coaccionada? Desde luego. Te he dicho desde el principio que no quiero nada de eso. Dame las llaves.

—Y si me matas, ¿qué?

—Si me matas, puedo decirles que has venido a buscarme para llevarme de nuevo con mi padre. Que eres un matón obsesionado conmigo y que... que... —Frunzo el ceño. Las ideas pasan por mi cabeza a toda velocidad y son peligrosas, porque suenan demasiado bien—. Si te mato, podría decir todo lo que sé sobre mi padre para evitar acabar en la cárcel. Me acogerán en el programa de protección de testigos. Me cambiaré el nombre, me darán un dinero y viviré en otra parte, lejos de aquí.

—Es un buen plan —dice él. Por un instante veo miedo en sus ojos y eso me hace sentir poderosa, pero no más segura de querer hacer lo que podría hacer. Si lo mato... Si le hundo la hoja en el cuello y le sajo la arteria que corre por debajo, si hago que brote la sangre y acabo con él... Lo perderé.

Y no quiero perderlo.

—Estás temblando —observa. La hoja se balancea contra su cuello, sin llegar a cortar la piel morena—. ¿Tienes miedo, Lyra?

Trago saliva. Aún no me atrevo a bajar la navaja.

—Sí.

—¿Por mí o por ti?

—Por los dos.

Marco entorna los ojos. Esto no es un juego, no se ríe. Está intentando entenderme. Creo que por primera vez está empezando a comprender lo que me pasa en lugar de dar por hecho lo que le gustaría que me ocurriera.

—¿Quieres matarme de verdad?

La mano me tiembla. Él levanta las suyas y me toma de las muñecas con

delicadeza. Me arrebató la navaja sin que oponga resistencia y la deja caer al suelo. El golpe me devuelve a la realidad. Sus dedos toman mis manos y las acercan a su cuello. Ahora veo que donde he apoyado la navaja ha brotado un poco de sangre, pero no me da reparo ni asco tocarla. Dejo que coloque mis dedos en torno a su tráquea y le miro a los ojos como sedienta.

—Te acuerdas de nuestros juegos, ¿verdad? —dice, y yo asiento—. ¿No echas de menos el poder que te daba dominarme? Era el poder que te faltaba, ¿mmm? El poder que a mí no me importaba prestarte, porque confiaba en ti. Confío en ti.

—Marco...

—Seguro que lo has echado de menos. No soy ningún Ken de esos que te tiran los tejos. Puedo aguantar esto y mucho más. Aprieta.

No hace falta que me lo diga dos veces. Cierro mis dedos en torno a su cuello para cortarle las vías respiratorias. Si quisiera podría zafarse de mí, porque no tengo la fuerza suficiente para someterlo de mala manera, pero no quiere. Se apoya en la pared y permite que yo apriete las manos más y más, hasta que se pone colorado y se le encienden los ojos. Aflojo.

—No tengas miedo, pequeña. No frenes tus instintos. Sé que puedes hacerlo y confío en ti —dice.

—No debería —respondo, con la voz estrangulada por la excitación—. No está bien.

—Lo está. No hay nada malo en esto, si es lo que quieres. No me haces daño.

Vuelvo a apretar, esta vez con más ganas. Veo cómo se contrae su mandíbula, cómo se le tensa el cuerpo. Me acerco más a él. Noto su polla dura dentro de los pantalones, igual que percibo mi humedad creciente. Todo esto me está recordando a los buenos ratos que hemos pasado juntos, a los límites que nos atrevimos a cruzar de la mano.

Pensaba que había desterrado esto de mi mente, que no tendría por qué volver a enfrentarme a mis deseos más oscuros... Pero Marco me ha derrotado. Sin hacer nada, solo dejando que yo actúe en base a mi instinto, me ha ganado por la mano.

Le suelto y le beso. Su boca está caliente y húmeda. Me aprieto contra él, contra su pecho. Marco me rodea la cintura con los brazos y me atrae más hacia su cuerpo, como si quisiera fundirse conmigo. Su lengua roza la mía, sus dientes me muerden. Veo el ardor en sus ojos igual que lo noto en su aliento. Nos sobra ropa a los dos.

Le aplasto contra la pared y tiro de su camisa sin contemplaciones. Sus botones saltan y ruedan por el suelo. Tengo la precaución de patear la navaja, por si nos la clavamos algunos en el pie, pero eso es todo.

Mientras él me desabrocha los pantalones, yo le quito la camisa y le muerdo el cuello. Saboreo su sangre como lo he hecho otras veces, y siento que me recorre un hondo estremecimiento. Esta Lyra que me posee es la que me da miedo, mucho más miedo que el que pueda darme Marco. Sé que a él no tengo que temerlo, pero ella... Ella es la razón por la que me he alejado de él.

Pero Marco no me ha dado tregua. Es la Lyra que quiere. Nos quiere a las dos. Lo noto en su cuerpo y en sus besos, en sus caricias desesperadas y en la manera en la que me arranca la camiseta y me lleva a la cama.

Me besa de nuevo, pero deja que sea yo quien tome la iniciativa. Bien. Mi mirada se oscurece y en los labios se me pinta una sonrisa lobuna, hambrienta. Bajo las manos por su pecho bien esculpido, le clavo las uñas en el vientre y le desabrocho el pantalón, que procedo a bajarle sin contemplaciones. Él deja escapar un suspiro cuando le beso el vientre y le mordisqueo el dibujo de la pelvis bajo su piel. Se estremece, pero no lucha. Deja que el ritmo sea mío.

Me bajo los pantalones y las bragas y tiro de sus calzoncillos para sacárselos por los pies. Me subo sobre él a horcajadas y vuelvo a su boca. Nuestras lenguas se encuentran, voraces. Sus manos me acarician los muslos desnudos y bajan por mi espalda como gotas de lluvia. Me estremezco. Hace demasiado que no he sentido sus manos en mi cuerpo ni he permitido que me acariciara de este modo, con la ternura y el deseo de los que solo él es capaz.

No hace falta retrasarlo más. Los dos lo queremos como respirar. Me echo hacia atrás y guio su polla con la mano hasta que entra dentro de mí y me deja sin aliento. Lo siento abrirse paso en mi interior, colmándome y llenándome como ningún otro lo ha hecho, y contengo un gemido.

Ahora que lo tengo dentro, la Lyra oscura se apodera por completo de mí. Llevo mis manos de nuevo a su cuello y ciño los dedos en torno a su tráquea mientras los dos nos movemos. Él me sujeta para que no me caiga. Confío en él como él confía en mí, y sé que si esto no nos mata, nos hará más fuertes.

Me muevo arriba y abajo sin tregua, clavándomelo tan hondo como puedo mientras sostengo su flujo de aire entre los dedos. No lo estrangulo todo el tiempo, sino que lo controlo para que respire según me apetezca. Cuando veo que es demasiado, le suelto y vuelvo a empezar.

No tardamos mucho en alcanzar un ritmo que amenaza con devorarnos. Espero hasta que lo veo al borde y me dejo llevar, y justo en ese momento

aprieto con todo mi peso para ahogarle mientras se corre entre espasmos violentos. Yo también llego al orgasmo y lo cabalgo como a un toro salvaje, aún moviéndome mientras él me sujeta y trata de gritar. Cuando se le cierran los ojos, lo suelto, y gime tan alto que estoy segura de que su voz ha llegado hasta la civilización, allá donde esté.

Me desplomo sobre su cuerpo, con él aún en mi interior, y jadeo como un animal. Él también trata de recuperar el aliento, pero me sostiene contra su cuerpo como si temiera que fuese a desvanecerme.

No podemos hablar. Estamos demasiado entumecidos y agotados, y la sangre aún nos corre deprisa y ardiente por las venas. Me hago a un lado mientras me estremezco. Él me rodea con los brazos y me sostiene contra él. Hasta me besa la frente con aire tierno.

Por la ventana llega el canto de los pájaros y el sonido del bosque.

Quiero volver a empezar. La Lyra oscura no se ha ido del todo. Es este potencial apasionado y arrollador lo que me daba tanto miedo. Me aterroriza no ser capaz de dominarla. Pero el olor de Marco es el catalizador perfecto para sacarla fuera de mí y dejarla hacer y deshacer a su antojo. Él jamás me pondría trabas. Por eso tuve que abandonarle. Por eso tuve que rechazar el amor que me daba, aunque fuera lo mejor que hubiera tenido nunca.

Ahora que lo tengo a mi lado, siento una mezcla de emociones difícil de precisar. Ojalá pudiera acallarlas para pensar, pero esto es justo lo que ha intentado desde el principio. Sabía que a medida que me recordase de qué manera encajábamos, yo iría perdiendo el control. Le odio. Le odio, pero también le quiero.

Capítulo 7

Me quedo quieta. Mi cuerpo se enfría lentamente, aunque todavía siento los besos y caricias de Marco en mi piel, como quemaduras que se van curando. Me duelen los muslos y las ingles de montarlo, y aunque en un primer momento quisiera volver a empezar, ahora que mis ánimos se enfrían no lo tengo tan claro. Volver a empezar significa catapultarme a un mar de dudas que había logrado dominar más o menos. Si pierdo el control otra vez, no sé qué puede pasar.

Marco está feliz y relajado. Veo cómo su pecho sube y baja con placidez. Se da la vuelta y me mira enamorado, con un brillo en los ojos castaños que me llena de ternura. Le acaricio el pelo revuelto, pero me detengo poco después y me incorporo.

Marco me toma del codo.

—¿Qué pasa?

—Tengo que vestirme —digo mientras me levanto.

—¿No quieres tumbarte un rato conmigo?

—Me está entrando el frío.

—Podemos entrar en la cama —propone, jugueteando, y me acaricia la espalda provocándome un estremecimiento delicioso... y al mismo tiempo doloroso.

—Marco, no.

Mi aspereza le hace tensarse. Acaba de detectar mis dudas. Se incorpora conmigo y trata de retenerme con suavidad, pero yo me zafo con aspereza y me pongo de pie. Él me sigue, pero antes de levantarse se tambalea y se cae, mareado todavía por la falta de aire y el cansancio.

Me vuelvo hacia él y le sostengo, preocupada. Me muerdo el labio.

—Deberías descansar.

—Deberías cuidar de mí. Es tu turno.

Aparto la mirada. Sé que debería, pero no sé si puedo. El riesgo a engancharme a él emocionalmente es demasiado grande, sobre todo porque aún siento las secuelas de la pasión física, aunque esto no haya sido nada comparado con otras veces. De esta apenas nos han quedado marcas, mientras que en otras ocasiones hemos tenido que maquillarnos moretones y mordiscos, o ponernos hielo en las zonas inflamadas para poder salir a la calle o vestir

algo que no nos cubriera del cuello a los pies.

Suspiro y aprieto los dientes. Él me acaricia la mejilla.

—¿Por qué no me explicas qué pasa en realidad? —me pregunta con voz suave.

—No quiero hacerte daño. No me gusta hacerte daño.

La voz de Marco se agrava y suena como caramelo fundido.

—A mí me gusta que me hagas daño.

—Y a mí, pero ese es el problema. No me gusta hacer esto. No quiero ser esta persona. —Le tomo de las mejillas—. ¿Por qué es tan difícil de entender?

—Eres así, Lyra. Cuanto antes lo admitas, mejor.

—Mejor para ti, supongo.

Marco sonrío.

—Entonces, ¿acaso es mejor vivir negándote a ti misma toda tu vida? Sabes de dónde has salido. No puedes negar tu verdadero ser, ni tus raíces.

Me llevo una mano a la frente, exasperada.

—¡Ese es el problema! Si me he marchado de casa es porque quiero ser otra persona distinta. ¿No lo entiendes, Marco? Estoy harta de ser la hija de un mafioso y de estar metida en sus juegos de poder, que mis mejores amigos desaparezcan porque es lo mejor para la familia y que matar y morir sean palabras tan comunes en mi vocabulario.

Marco cierra la boca y me observa, sentido. Me acaricia, pero no me retiene, así que puedo empezar a rebuscar mis bragas y mis pantalones por el suelo. Hemos follado sin condón, lo que me preocuparía si fuera cualquier otro chico... Pero sé que él está limpio y que no se ha liado con ninguna otra en todo este tiempo, porque no le va.

Me es fiel como ningún otro, y no sé hasta qué punto me es conveniente. Si hubiera endulzado su desamor con otra chica, me habría olvidado ya y ninguno de los dos estaríamos así. Pero no: su devoción es patente en cuerpo y alma. Una devoción inquietante que lo lleva a hacer cosas como secuestrarme y tratar de seducirme, como si esto fuese algo normal.

—Quiero ser normal —insisto—. Quiero una vida normal.

—¿Te has parado a pensar que quizá la Lyra normal no exista? —pregunta, y su voz me hiere tanto que me obliga a pararme—. Estás obsesionada con ser una chica normal, como dices, pero la normalidad quizá no sea algo a tu alcance. Tal vez tu normalidad sea esta, y si la aceptaras con los brazos abiertos quizá te parecería mucho menos sórdida.

Aprieto los dientes.

—Eso sería muy conveniente para ti, ¿no te parece?

—No negaré que no. Pero tal vez lo sea porque estamos destinados a estar juntos.

—Nunca he creído en el destino, y tú tampoco.

—No, es verdad. Pero creo que los dos podemos vivir muy bien si conseguimos quitarnos de encima toda la mierda que nos han echado, ¿eh, Lyra? Si logras apartar esa idea de familias plastificadas y vidas perfectas que alguien te ha metido en la cabeza, podrías empezar a aceptar los pequeños regalos que tienes ahora mismo en las manos.

Río por no llorar.

—No intentes meterte en mi cabeza. Sé lo que intentas.

—No intento nada. —Marco se pone de pie con cuidado y esta vez no se tambalea. Alarga una mano y la posa sobre mi hombro. Yo me tenso, pero no se la retiro—. Solo que seas feliz como eres. Que seas capaz de entenderte a ti misma, de aceptarte como te acepto yo. No eres ningún monstruo, Lyra, no hay nada malo en ti. Solo eres distinta.

—¿Y solo puedo aceptarme si te acepto a ti? —pregunto con un gruñido.

—No he dicho eso, pero creo que ayudaría. Después de todo, yo soy todo lo que tú rechazas, porque en el fondo somos iguales.

—Yo no soy ningún matón.

—No, pero tienes el mismo hambre que yo.

Paso la mano por su cuello, sucio de sangre reseca. Me sonrojo al pensar en su sabor, en lo mucho que me ha excitado tener su vida en mis manos. Un poco más de presión con la hoja de la navaja o con los dedos y la habría extinguido para siempre. Y él, en lugar de temerme, me admira, me adora, me desea. ¿Cómo puede ser que esto no esté mal?

Marco toma mi mano y la sostiene contra su pecho. Yo estoy a medio vestir y él sigue desnudo. Su piel está caliente y su roce resulta acogedor. Sería muy fácil volver a sus brazos y aceptar lo que propone... Pero no, no puedo.

Él nota mis dudas.

—Lyra, solo tienes que dejarte llevar —dice.

Aparto la mano.

—Lo que quieres es tomar mis decisiones por mí, o forzarme a que haga lo que tú quieres. Esto no puede ser, Marco. —Aprieto la mandíbula y frunzo el ceño. Estoy tan enfadada de repente que quiero gritar, pero no lo hago. No quiero volver a perder el control de nuevo—. Quiero que me lleves a casa. Ahora.

—¿Ahora? —pregunta, y alza las cejas como dolido.

—Sí. Ahora.

—Ese no era el trato, Lyra.

—No es un trato que haya aceptado libremente y lo sabes.

Marco está triste.

—Estamos demasiado lejos y para cuando lleguemos a alguna parte, ya será tarde.

—Me estás mintiendo.

—No, no te miento, te lo juro.

—Entonces quiero que me lleves de vuelta a la ciudad mañana sin falta. A primera hora.

Marco suspira. Baja la cabeza, derrotado, y sus hombros caen. Siento compasión. Quiero besarle para suavizar su decepción, pero no puedo permitirme una recaída en sus redes. Debo ser más inteligente que esto, aunque me parta el corazón.

—De acuerdo. Mañana a las ocho en punto. Desayunaremos y te devolveré a casa.

—¿Sin rechistar? ¿Sin trucos de última hora?

Él sacude la cabeza.

—No puedo obligarte a nada si no quieres. Nunca ha sido mi intención. Pensé que podrías enfrentarte a ti misma, pero si lo rechazas así...

—Bien. —Recojo mi ropa. Me tiemblan las manos y quiero salir de aquí —. Voy a ducharme y luego... Me gustaría que me dejaras sola en la habitación.

—Sí, claro.

—¿Me lo prometes? ¿Prometes que me escucharás y me harás caso aunque no te guste? ¿Sin manipulaciones, sin estirar más la cuerda?

—Te lo prometo. —Marco me mira como un perro abandonado—. Te juro que no voy a hacer nada. Ya has tomado tu decisión y no puedo forzarte. Lo he intentado todo.

—Bien. Gracias.

Bajo al piso inferior y entro en el cuarto de baño. Me tiembla todo el cuerpo y tengo ganas de llorar, pero antes de hacerlo cierro la puerta con el pestillo. Sé que si me escucha se sentirá mal o intentará consolarme, y si lo hace no sé cómo responderé. Me quito la ropa que he alcanzado a ponerme y, moqueando, entro en la ducha.

Abro el grifo y dejo que se caliente antes de pasar al interior. Lloro

mientras el agua me baña y me moja, y me froto con una esponja y jabón para quitarme el asco y la tristeza.

Marco no es el problema. Nunca lo ha sido. El problema soy yo, mis dudas y mis obsesiones, y el miedo que tengo a hacer según qué cosas. La persona que toma el control cuando él está conmigo y me siento tan libre que dejo que caigan las barreras no es alguien con quien quiera convivir. No es alguien que debiera salir. Es alguien que debe permanecer encerrada bajo capas y capas de buenos deseos, porque la gente como ella no es apta para vivir en sociedad.

¿De dónde ha surgido esa Lyra oscura? ¿Desde cuándo la tengo dentro? No puedo precisar el primer momento en que la sentí, pero supongo que es herencia de mi padre. Llevo esa oscuridad en la sangre. Creo que es lo mismo que le permite a él seguir viviendo sin sufrir cargos de conciencia por lo que hace. Es lo que permite a Marco trabajar para tipos como mi padre, matar y robar sin pararse a pensar en el bien y el mal. Es esa recompensa mental por dejar salir al animal que tenemos dentro, y que en mi caso se materializa en el sexo.

La primera vez que se apoderó de mí, llevaba unos cuantos días acostándome con Marco sin poder parar. No supe cómo, pero de pronto estaba mordiéndole más fuerte de lo que se espera en un juego sensual. Él, en lugar de quejarse o pedirme que parara, esperó a ver hasta dónde podíamos llegar. El resultado fueron innumerables marcas de dientes en brazos y piernas, algunas hasta romper la piel, que procedió a cubrirse con el traje en los días posteriores.

Estuve tan avergonzada por aquello que solo su promesa de que no se lo diría a nadie logró que se acallase mi ansiedad. Y con su complicidad, surgieron los pasos posteriores. Los juegos de golpes, cuerdas y tirones de pelo, los azotes y hasta los cortes. A veces yo era la protagonista, a veces lo era yo. Los dos teníamos ese potencial y nos moríamos por explotarlo.

Sé que nunca haría daño a nadie como lo hacen ellos, que es solo un juego. He leído en Internet y he conocido a otras personas, pero para ellos no es más que una diversión, la guinda del pastel. Para mí es algo que toca mi fibra interna y me provoca una vibración enloquecedora. Había conseguido sepultarla en mi personalidad y habría permanecido allí, dormida para siempre, si Marco no hubiese aparecido en mi vida con su sonrisa de un millón de dólares y sus apetitos oscuros.

Suspiro. El vaho empieza a marearme. Me lavo el pelo y dejo que el agua me entumezca del todo hasta que el calor empieza a desvanecerse y temo haber

gastado las reservas de la casa.

Capítulo 8

Me paso el resto del día esquivando a Marco. Después de la ducha, me seco el cuerpo y el pelo y me pongo ropa limpia aprovechando que ya no está en mi habitación. Salgo un rato a despejarme y pasear por los alrededores, aunque no quiero buscar un camino por el que huir. Además, estoy segura de que más allá de la primera franja de árboles hay osos o lobos, y que si intentase internarme entre los matorrales me acabaría cruzando con uno. O peor, con una trampa puesta para cazarlos.

Aunque soy una urbanita, el bosque me transmite algo de paz. Es lo que necesito para reordenar mis ideas y decidir que no puedo dejar que la angustia me siga carcomiendo. Tengo que centrarme en que mañana volveré a ser libre para decidir lo que quiero hacer, sin la presencia de Marco por todas partes para recordarme lo que he sido hasta ahora.

Esta noche duermo sola. Marco ha cocinado pollo al horno y huele delicioso, pero no tengo ánimo para compartirlo con él. Por suerte, no tengo que decir nada: él se sirve en silencio y sale a comer fuera para dejarme espacio de sobra en la cocina. Cenar sola me pone un poco más triste de lo que ya estoy, así que bebo vino para acallar la soledad y ayudar a que me entre el sueño.

Marco espera a que me vaya para entrar y dejar los platos en el fregadero, de modo que apenas cruzamos palabra. No he llegado a emborracharme, pero en la cabeza tengo un saludable zumbido que sé que me ayudará a conciliar el sueño sin problemas, además de acallar las preocupaciones y las dudas.

Lamento meterme sola en la cama sabiendo que Marco está tan cerca. Su proximidad durante la tarde me ha desarmado y ahora ansío el calor de su piel y el abrigo de sus brazos, pero sé de sobra que caer de nuevo resultaría estúpido e iría en contra de lo que he decidido. Por suerte, él no intenta forzar la situación y se limita a darme las buenas noches desde el pasillo, sin asomarme con cara de cachorro ni nada parecido.

Caigo rendida enseguida y duermo hasta que Marco me zarandea y me despierta.

—Lyra. Lyra, abre los ojos.

Me asusto, pero su presencia me tranquiliza. Ha encendido la luz de la mesilla, que al principio confundo con el resplandor del fuego. ¿Por qué si no

intentaría despertarme con tanto ímpetu? La sombra de una pesadilla se cruza en mi mente. He gritado. Bajo los ojos, avergonzada. Él me toma de la mano.

—Estabas chillando. ¿Qué pasaba?

—Solo era una pesadilla —murmuro, y me dejo caer en la cama.

Lo veo asustado de verdad, pálido a la luz de la lámpara.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Marco traga saliva.

—He venido corriendo. Me has dado un susto de muerte. Pensé... — Suspira—. Pensé que te estabas haciendo daño.

Alzo las cejas.

—¿Yo?

Asiente. Ah, entiendo. Tal vez pensaba que me había arrepentido tanto y tan profundamente que había optado por acabar con todo de un plumazo. Yo nunca haría eso. ¿Le he dado esa impresión? ¿Parezco tan atormentada? Le acaricio la cabeza antes de darme cuenta de que es justo lo que no debería estar haciendo. Se supone que debo cortar este lazo que nos une para sepultar de una vez a la Lyra que tanto miedo me da, pero cada cosa que ocurre nos atrae un poco más. Soy como una polilla junto al fuego.

—Siento haberte asustado.

—Prométeme que nunca te harás daño —dice, y lo hace de un modo tan sentido que el corazón me da un vuelco—. No importa lo difícil que sean las cosas ni cuánto temas. No lo hagas, nunca, ni siquiera por no estar conmigo.

La única persona que puede hacerme daño es él, y solo cuando yo lo deseo. Es una promesa que ninguno de los dos mencionamos, pero que flota en el aire.

—Te lo prometo —digo—. Era solo una pesadilla.

Asiente.

No es la primera vez que me despierta de una pesadilla. A veces, sobre todo en los últimos meses, la tensión me sobrepasa y se filtra a mis sueños. Allí es donde mis miedos me dan caza sin tregua. No soy capaz de despertarme por mí misma, así que dependo de la persona con la que comparto cama o con quien duerma en una habitación cercana para sacarme de allí.

Por suerte, Marco siempre ha podido despertarme y tranquilizarme, a veces con su mera presencia. Dormir con él mantenía las pesadillas a raya, y cuando no era así, me arrancaba de ellas. Como ahora.

—Bien... Sí... Menos mal.

Está tan agitado que quiero cuidar de él. Me hago a un lado y golpeo la

cama para pedirle que se tumbe conmigo, pero no lo hace hasta que hablo en voz alta.

—Tumbate aquí. No quiero que te vayas. Todavía... Todavía estoy alterada.

No dice nada. Mejor. No hace falta que haga comentarios al respecto, solo que me escuche y me haga caso. Reposo la cabeza sobre mi hombro y permite que le rodee con los brazos, como tendría que haber hecho esta tarde. Sé que es necesario que los dos salgamos de nuestro estado feral juntos, dándonos cariño y apoyándonos, para asegurarnos de que ninguno cree que el daño que nos hemos hecho ha sido real. He faltado a mi responsabilidad, así que voy a intentar cumplirla ahora.

—¿Quieres que te cuente mi pesadilla? —pregunto con voz suave.

—Claro, si quieres.

—Estaba soñando que mi padre me encontraba. Me había buscado con sus hombres y, en vez de llevarme de vuelta a casa con una regañina, me mataba como a mi mejor amiga. Cuando he gritado, lo he hecho al intentar respirar. Me estaba estrangulando y apenas era capaz de tomar aire. Pensaba que iba a morirme de verdad.

—Eso no va a pasar.

Sonrío y niego con la cabeza.

—¿Sabes? No estoy tan segura. Uno diría que un padre jamás podría matar a su hija, no cuando la quiere tanto como se supone que mi padre me quiere a mí. Pero siempre he tenido la sospecha de que, si fuera necesario, lo haría sin dudar. Cuando la vida de la gente no representa nada para ti, los lazos de sangre son... poca cosa. ¿No crees?

Marco se apoya en el codo para mirarme muy serio.

—Lyra, mientras yo esté aquí para protegerte, te juro que tu padre jamás te tocará un pelo. Jamás.

Me río y le acaricio los rizos castaños. Está tan serio y tan guapo cuando dice esas cosas que casi quiero creérmelo. No, es mejor no esperar nada bueno de ese hombre al que llamo padre. Con su poder, sería capaz de eliminar a Marco de un plumazo. No podría defenderse. Por mucho que me quisiera, por mucho que se empeñase en protegerme, no sería rival para él.

Que me ría no le ha gustado. Lo noto por cómo arquea las cejas y tensa los labios.

—Lo digo en serio. Además, tengo un plan de fuga.

—¿Un plan de fuga?

Él asiente con energía.

—Podemos irnos a Europa, a donde nadie de tu familia pudiera encontrarnos. Tengo algunos contactos de la familia, amigos que me deben un favor. Podríamos viajar a cualquier parte, a donde quisieras. A París, a Roma, a Madrid... Dime la ciudad y pondremos rumbo allí sin mirar atrás, y te daré todo lo que esté en mi mano.

Sonrío con amargura.

—Marco, cariño, aunque nos marcháramos de aquí y realmente pudiéramos empezar de cero, no podríamos huir de lo que somos.

Alza las cejas.

—¿De qué hablas?

—De que tú eres un matón y nunca serás otra cosa. ¿Qué puedes hacer aparte de matar y robar a otras personas? —Le acaricio el mentón—. Podríamos viajar y cambiar de aires, sí, pero antes o después te verías envuelto en una guerra con una mafia diferente por intereses que a ninguno de los dos nos importan un comino.

—Podría dedicarme a otra cosa.

Me río y él también. La broma ha sido graciosa, demasiado absurda para que permaneciera en el aire como una posibilidad real durante más de unos segundos. Compartir la risa con él me da vida, aunque sea sobre materias tan oscuras como esta.

—¿Lo ves, Marco? Por eso me da miedo dejarme llevar y caer de nuevo en esto.

—¿Sería tan malo de verdad? No tenemos por qué ser ciudadanos modelo, solo hacernos felices el uno al otro.

Suspiro.

—No lo sé, cariño. —He empezado a apoyarme en su pecho y a llamarle cariño como cuando estábamos juntos. Supongo que su cercanía es tan venenosa que no puedo escapar de ella. Tampoco lo deseo. Me da una paz que no es comparable con ninguna otra droga—. No sé hasta qué punto podemos ocultar lo que somos en realidad. No sé si las personas como nosotros pueden encontrar la felicidad, aunque sea juntos.

Marco me estrecha contra su cuerpo. Ha entendido el punto hasta el que estoy dispuesta a avanzar y lo ha aceptado con los brazos abiertos, así que no intenta besarme ni nada más peligroso que un mero abrazo. Su calor me reconforta, como si aliento cercano y el sonido de su corazón. Ojalá pudiera quedarme aquí toda la vida, segura.

—Cariño, soy una manzana podrida. Lo he sido siempre y no puedo negarlo —me dice, y la reverberación de su voz me lleva a algo parecido al Nirvana—. Pero tengo el corazón sano, porque te amo más que a nada. Y mientras ese fondo esté bien, mientras sea capaz de querer a alguien como te quiero a ti, creo que me merezco ser feliz, ¿no te parece?

Suspiro.

—Si las cosas fueran tan fáciles de verdad...

—Podemos intentar hacerlas fáciles.

—Ya veremos.

Nos quedamos quietos, callados, mientras afuera suenan los grillos y el contoneo de las hojas de los árboles. Es una noche mágica a su manera, aunque en lugar de una princesa y su caballero seamos monstruos con piel humana. Huir a Europa sería precioso. Construir una vida sería bonito. Sí, claro. Y los cerdos vuelan.

Ni él ni yo encontraremos refugio en ninguna parte, porque no encajamos de veras en ningún lado. Solo, aunque me duela, el uno con el otro. Así puede entenderse el apego desesperado con el que me ama... y con el que yo lo amo, aún. Pero que nos queramos no nos salva de nuestros propios pecados, ni de nuestros propios yoes oscuros. Los alimenta y les da forma de manera peligrosa. Arderemos hasta quemarnos.

Pero por esta noche puedo fingir que las cosas funcionan de otra forma y que las fantasías existen. Y que los hombres y las mujeres como nosotros pueden permitirse un rato de paz y amor.

Capítulo 9

Nos quedamos dormidos sin darnos cuenta y no es hasta por la mañana, cuando la luz entra por la ventana y los pájaros trinan, que me percato de que me he pasado toda la noche con la cabeza apoyada en el pecho de Marco. Sus brazos aún me sostienen, firmes y cálidos, y de su piel me llega un olor que me encanta. Mi corazón se acelera. Al final he caído en lo que no quería, pero ahora que estoy aquí no puedo quejarme en absoluto. Es todo lo que quiero y necesito. Es todo lo que necesito saber.

Le beso suavemente el pecho y le miro mientras duerme. Tiene una cara tan bonita, tan calmada... Cuando despierta se le enciende la mirada y las cejas se le enarcan, como si estuviera a la espera de que algún peligro lo asalte, pero así nadie lo diría. Me gusta tanto como cuando está en guardia. No puedo evitarlo.

Me incorporo y le beso el mentón, donde le ha crecido la sombra de barba. Me cosquillea en los labios, como la primera vez. Todo me trae buenos recuerdos. Le beso de nuevo y entreabre los ojos. Sonríe y me acaricia la mejilla. Hunde los dedos en mi cuello cabelludo y juega con él, todavía despertándose. Mi corazón rebosa alegría.

—Hola —dice con afecto—. ¿Cómo has llegado aquí?

—Estás en mi cama —le digo con una sonrisa—. ¿Qué esperabas?

—Ah, sí. No me acordaba.

Se gira y yo me giro para darle la espalda. Me gusta cuando él me abraza por detrás. Me hace sentir mucha paz. Marco me rodea la cintura con un brazo y olfatea mi cuello, buscando mi olor igual que yo he buscado el suyo mientras dormía. Me besa la nuca suavemente y yo me estremezco y río. Su mano se mete dentro de mi camiseta y me acaricia el vientre. No es más que un roce, pero a mí me enciende. Me arqueo sin querer, dejando que sus labios se hundan en mi cuello, y mi culo roza su entrepierna.

A pesar de que apenas hayamos hecho nada, está duro. Lo noto a través del pantalón de su pijama. Me muevo un poco contra él, de modo que despierte, y él entiende al momento lo que pretendo. Con una sonrisa, me muerde la oreja y pasa la otra mano bajo mi cuerpo para tocarme el torso. Mueve la cadera contra la mía.

Su dureza se está incrementando. Le oigo jadear. Yo también lo hago. Sube

las manos y me toca el pecho. Sus dedos se aprietan contra mis pezones, acariciándome los con un leve pellizco que me hace suspirar. Mientras, sus dientes se aplican en mi cuello y mi hombro. Estoy deseando que haga algo más, pero me parece que va a intentar prolongar mi sufrimiento todo lo posible.

Su mano me roza por encima de la braga, aún sin meterse en pormenores. Yo me froto un poco más contra su pene, tan duro que lo noto enorme. Estoy deseando que me baje las bragas y me penetre, tanto que noto que mis bragas se humedecen. Marco me da un tirón en uno de mis pezones y busca mi boca.

Nos besamos apasionadamente. Intento darme la vuelta para corresponderle, pero no me deja. Como respuesta, meto la mano dentro de su pantalón y le acaricio el miembro de arriba abajo. Lo noto estremecerse bajo mi toque, cada vez más duro y grueso. Muevo la mano para estimularle y él se menea conmigo. Su lengua busca la mía y nuestras frentes se tocan.

Su mano se mete dentro de mis bragas y me acaricia usando mi propia humedad. Sus dedos expertos me rozan el clítoris y yo abro un poco las piernas para que le sea más fácil. Sabe cómo ponérmelo difícil. Contengo un gemido sin dejar de mover la mano. Su toque es tan suave y tan deliberado que no puedo soportarlo, pero me aguanto porque quiero ver hasta dónde pretende llevarme.

Los dedos de su mano izquierda bajan y buscan la entrada de mi vagina. Mete dos después de humedecerlos; estoy tan cachonda que no hay ninguna resistencia pese a que los tiene bastante grandes.

—Vaya, estás muy mojada —dice contra mi boca.

—Y tú estás muy duro —le contesto con un gemido entrecortado.

—Quiero ver cuánto puedes mojarte.

—Eso ya lo sabes.

—Sí, pero se me ha olvidado.

Marco me tortura con las manos y yo me vuelvo barro entre ellas. Soy incapaz de acariciarle y besarle en este estado; solo puedo rodearle el cuello con las manos y pegarme a su cuerpo mientras sus dedos se introducen dentro de mí y me masturban.

—Quiero que me lo pidas —dice, con la voz marcada por el deseo.

—Fóllame, joder —respondo cuando no puedo más.

Marco me arranca el lateral de las bragas sin que le importe cuántas me queden en la bolsa o si eran mis favoritas. No me importa. Lo que me interesa es estar libre cuando él se baja los pantalones hasta media asta y me penetra

tan profundamente que se me escapa el aire de los pulmones. Me sujeta la cara con una mano empapada y me mete los dedos en la boca. Con la otra, sujeta mis caderas y me mece a su gusto, mientras yo me retuerzo de placer.

Jadeamos. Cada vez se mueve con más intensidad, más fuerte, más rápido. La cama ha empezado a crujir. La mano con la que me sujeta viene y va: me acaricia el vientre, el pecho, el clítoris... Sé que puede durar mucho, casi tanto como le dé la gana, y que con el aperitivo de ayer no estará tan deseoso de correrse como otras veces, así que cierro los ojos y me dejo llevar tanto como él decida.

Sale de mí y se pone entre mis piernas, que coloca en sus hombros. Vuelve a penetrarme y yo estoy a punto de gritar. No me esperaba que fuese a hacerlo tan profundo y tan de golpe, pero ahora algo ha cambiado en su mirada. Ya no estamos follando en plan bonito, sino de nuevo como animales. Yo me amoldo de inmediato, porque esto es lo que más me gusta.

Mientras él sale de mí con tanta fuerza que nuestras caderas chocan con un ruido sordo, yo me sujeto al cabecero de la cama y le miro. Está demasiado lejos para que podamos besarnos, pero no me importa: todo lo que quiero, lo tengo.

Empieza a gemir y a moverse más deprisa. Yo me acaricio el clítoris y trato de esperarlo. Ya lo hemos hecho más veces y no es tan difícil, pero temo que la falta de práctica nos impida correrlos a la vez. Cuando su manera de gemir se parece más a un gruñido, me dejo llevar.

Explotamos a la vez. Él se arquea mientras me sujeta de la cintura y yo golpeo el cabecero de la cama, gritando. Lo noto correrse dentro de mí, estremecerse entre espasmos, y yo estoy segura de que es el hombre al que amo y que soy quien quiero ser ahora mismo. De pronto, todo es blanco.

Se queda sobre mí después de salir y colocar mis piernas en una posición más segura, y yo le muerdo el cuello aunque no sienta verdadero deseo. La costra del corte se rompe y yo percibo el sabor del metal que encierra su sangre. Ninguno de los dos decimos nada. Es un pacto hecho en silencio.

Tardamos un rato en reanimarnos. Marco me besa el hombro y la clavícula y yo le acaricio la espalda.

—¿Entonces todo está bien? —pregunta en voz calmada.

—Sí —digo.

—No quieres irte, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Quiero pasarme los próximos días follando aquí contigo. Espero que

hayas reservado la casa por más tiempo que un fin de semana.

Se echa a reír.

—Como no quería tener a nadie husmeando por aquí, la he alquilado durante una semana entera. Si quieres que nos quedemos aquí, nos quedaremos.

Sonrío y asiento. Me siento completa.

Marco me llena de besos. Me abraza, me acaricia, me muerde. No tardamos mucho en querer volver a empezar. Esta vez, yo soy la que lleva las riendas. Cojo el cinturón de Marco y le ato las manos al cabecero, y me dedico a torturarlo durante un buen rato igual que ha hecho él conmigo. Lo tengo ardiente, duro como una estaca, hasta que me apetece que tenga su descanso. Entonces le cabalgo entre gruñidos y gemidos salvajes, y por muy poco no alcanzamos a corrernos a la vez.

—Tengo hambre —dice—. Y ya es hora de desayunar. De hecho, yo diría que es hora de almorzar.

—Eso tiene un nombre, cariño. Es un brunch.

—Muy bien. Pues comeremos brunch. —Se levanta de la cama y me sonrío. Está lleno de sudor, con el pelo alborotado y marcas de dientes en el pecho, justo como a mí me gusta—. He traído de todas las cosas que te gustan, así que voy a ser creativo y hacer lo que me apetezca.

—Eres un sueño.

Sí que lo es. Es todo lo que siempre quise. Es todo lo que nunca creí que tendría... y es lo que pensé que no podría soportar. Pero no. Creo que ya me he dado cuenta de que es la persona que puede hacerme feliz y que no puedo retrasarlo más. Como sea, estaré con Marco. Siempre. Pase lo que pase.

Baja a darse una ducha y yo remoloneo un poco más entre las sábanas antes de seguirle. Nos besamos y abrazamos bajo el chorro de agua caliente, pero ya hemos tenido suficiente sexo para hacer otras cosas durante un tiempo. Cuando hayamos comido y descansado podríamos volver a empezar, claro.

Él se pone a cocinar y yo me seco el pelo y me visto con la mejor ropa que llevo. A la hora de escoger qué meter en la mochila no fui demasiado exquisita, pero sí que tengo un par de camisetas que me gustan mucho y un pantalón que me hace un culo estupendo. Antes no tenía motivos para ponérmelo, pero ahora quiero que Marco babeé mientras me mira y aprecie lo que tiene, igual que intentó hacer él ayer conmigo.

Cuando bajo a la cocina lo veo metido en un zafarrancho de platos, boles y pucheros, pero aun así sabe lo que está haciendo. Siempre me ha gustado ver

cocinar a los hombres; es una de las cosas que más me agradan de Marco. Hay algo elegante y masculino en un hombre que sepa manejarse bien en la cocina, sin duda, y es de las pocas ocasiones en las que Marco puede hacer gala de sus dotes con el cuchillo sin que sea ilegal.

Le beso el cuello poniéndome de puntillas y lo dejo cocinar mientras miro, como una niña. Él me da trozos de beicon o queso a los labios y yo los acepto y a veces le muerdo los dedos, juguetona, lo que hace que rompa a reír.

Al final ha elaborado un brunch nada desdeñable: revuelto, tostadas, yogur con frutas, zumo, café, huevos benedict, queso, embutido y muffin de taza. Cuando nos ponemos a comer, nuestros estómagos rugen y nuestros ojos brillan. Sé que esto no es indicativo de lo que nos deparará una vida juntos, pero no tengo reparo alguno en dejarme llevar por la fantasía un poco más, porque puede terminar en cualquier momento.

Todo está muy bueno. Pruebo un poco de cada plato y trato de no abalanzarme sobre lo que más me llama la atención para no llenarme antes de tiempo. Marco me sonrío desde detrás de su taza de café y yo le devuelvo el gesto.

—¿No podemos quedarnos a vivir aquí? —pregunto en broma.

Él sonrío y niega con la cabeza.

—En algún momento se nos acabaría el dinero.

—¿Estamos muy lejos de Florida?

—A unas seis horas en coche. Hay un pueblo cerca, donde hice la compra.

—Podríamos instalarnos allí. Buscar trabajo y todo eso...

—Sí. Y comprar una granja y cuidar de los animales y la huerta, vivir de la tierra... —Se echa a reír—. No. Habrá otros sitios como estos en lugares más seguros.

—¿En Europa?

—En donde quieras.

Suspiro. El café está delicioso, pero no tanto como los huevos benedict.

—Si por mí fuera, no nos iríamos muy lejos de aquí. Me gusta vivir en Estados Unidos, aunque también querría visitar Italia y supongo que a ti te encantaría visitar las raíces de tu familia.

Él asiente.

—Es un asunto pendiente.

Me recuesto en la silla.

—Ojalá todo fuera más fácil que esto. Ojalá no tuviera que huir durante el resto de mi vida por miedo a que mi padre nos encuentre. —Tuerzo el gesto—.

Pero es lo que toca, ¿no? La verdad es que ahora mismo es lo único que temo. Sé que si supiera que estamos juntos, sobre todo ahora que he huido, montaría en cólera y trataría de matarte. Quizá de matarme a mí también.

Marco deja la taza en la mesa.

—Cariño, eso no va a pasar.

Sacudo la cabeza y sonrío.

—Sí, sí. Lo sé. Tú me protegerás y todo eso. Confío en ti, lo sabes de sobra... Pero no confío en mi padre. Es un hombre lleno de rabia. Sé que haría todo lo que estuviera en su mano por vengarse del hombre que se ha llevado a su niñita... y para castigarme a mí por desobediente.

Marco deja de sonreír y me mira, muy serio.

—Lyra, tu padre no va a hacerte daño. Te lo prometo.

Algo me hace fruncir el ceño. No sé si es el tono tajante que ha usado o el modo en que se le curvan las cejas. Noto un estremecimiento en la espalda. Trago saliva.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

Marco clava sus ojos en los míos.

—Porque lo maté hace días.

Si no hubiera dejado la taza en la mesa, se me habría caído encima. Las palabras me atraviesan como una espina. Parpadeo. Lo dice en serio. Muy en serio.

Me levanto de golpe y el zumo se mece en las jarras y los vasos.

—Lyra, espera —dice alzando una mano.

—No, ¡no! —Sacudo la cabeza y me aparto de la mesa tan rápido que derribo la silla. El estruendo me hace saltar en el sitio—. No te acerques a mí, ¡asesino!

—No es lo que piensas.

No dejo que me suelte sus excusas: echo a correr hacia el exterior, internándome en el bosque sin que me importen los osos, los lobos o las trampas. Tengo la sensación de que cuanto más me aleje de la casa, más segura estaré.

Capítulo 10

Lo que más temía se ha hecho realidad: Lyra me odia. La he perdido. En el momento en que la he visto reaccionar y salir corriendo he sabido que la había cagado. Tendría que habérselo dicho antes o de otra manera. Temo que ahora sea demasiado tarde para arreglar las cosas.

La he seguido un trecho antes de darme cuenta de que no es lo más oportuno. Ahora mismo dudo que quiera verme ni en pintura. Le daré algo de tiempo para que piense y digiera lo que acabo de decirle y ya volverá.

Espero.

Maldita sea. Todo estaba bien. La sentía conmigo por fin, en calma consigo misma. Había aceptado quién era, quiénes éramos los dos... y ahora nada de eso importa. La he asustado y no hay manera de arreglarlo, o al menos yo no puedo. La única que debería decidir cómo se siente acerca de mí es Lyra, y eso depende solo del tiempo que hemos vivido juntos y las experiencias que ha tenido a mi lado.

Abatido, me siento en el sofá del salón y hundo la cabeza en las manos.

El tiempo pasa despacio. El café se ha enfriado, igual que el resto del brunch, pero yo no tengo hambre. Me pregunto si Lyra habrá comido lo suficiente, o si se le habrá cerrado el estómago como a mí. Me pregunto si estará bien, cuánto se habrá alejado de la casa y si podrá volver cuando al fin esté preparada.

Suspiro y dejo que el tiempo continúe su marcha. No hay mucho que pueda hacer, me digo. Mi princesa no necesita que ningún caballero la salve, porque odia a los caballeros tanto como a los dragones. Porque los caballeros somos iguales que los dragones y las princesas no están indefensas.

Lo siento, cariño, pero tuve que hacerlo. Si al menos pudiera explicarte cómo y por qué...

El tiempo sigue pasando y el sol declina tanto que se oculta entre los árboles. Ahora sí que estoy preocupado. Me asomo a la puerta con ansiedad, deseando que aparezca ahora mismo desde el bosque y venga a enfadarse conmigo, a romper nuestra relación para siempre... a lo que sea. Su ausencia me preocupa. Si tarda mucho más, voy a ir a buscarla.

Cuando se hace de noche, cojo una linterna de un cajón, mi abrigo y el suyo y salgo al bosque en dirección a donde la he visto alejarse.

La llamo y busco entre los árboles con el miedo aflorando en mi estómago como una bestia hambrienta. Caminar a oscuras es más difícil de lo que parece; los arbustos resbalan con la humedad y las raíces de los árboles surgen de donde menos te lo esperas para amenazarte con una caída. Pero aunque el suelo sea traicionero, no me detengo. La llamo a gritos, cada vez más preocupado, y mi desesperación aumenta a medida que la noche se vuelve más y más oscura.

A lo lejos oigo aullidos de lobo. He cogido mi pistola por si acaso, pero no quiero empuñarla por si me encuentro con Lyra y cree lo que no es. La ansiedad me atenaza la garganta. Me duele de gritar su nombre, pero no me paro. No puedo parar.

Dios, si le ha pasado algo, voy a morirme. Lo último que quería era que sufriera un accidente huyendo de mí. Creía que sería más lista que eso, pero no contaba con que se tomaría tan mal mi propia monstruosidad. Es otra vez el mismo temor de anoche: que por su relación conmigo se sienta tan atormentada que se vea empujada a hacerse daño por escapar de mí.

Me juro a mí mismo que la dejaré marchar, que no volveré a hablarla si no lo desea... Cualquiera cosa con tal de encontrarla.

Cuando muevo la linterna de un lado a otro descubro un bulto familiar entre los árboles.

—¡Lyra!

Echo a correr hacia ella sin preocuparme por las raíces o por si tendrá miedo de mí. Está ovillada en el suelo, con las manos metidas dentro de la camiseta y la cara sucia. Me aseguro de que respira. Mi corazón da un vuelco.

—¿Marco? —pregunta, con voz muy débil.

Me arrodillo a su lado y la abrazo. Ella se pega a mi cuerpo con abandono y empieza a llorar. Le acaricio el pelo.

—Estaba muerto de miedo —digo sin poder controlar las lágrimas—. Había empezado a imaginar que te habías topado con un animal o que te habías caído en algún agujero o...

—Me he torcido el tobillo mientras andaba —explica entre susurros—. Cuando ha oscurecido no sabía por dónde volver y he preferido quedarme aquí por miedo a perderme más.

—¿Has bebido agua?

Ella niega con la cabeza. Yo le beso la frente.

—Debes de estar deshidratada y... Dios, estás helada. —Le pongo su abrigo—. Ven. Voy a llevarte de vuelta a la casa.

La tomo en brazos y me rodea el cuello para asegurarse. Despacio, tratando de afianzar bien cada paso antes de dar el siguiente, emprendo el camino de vuelta a la cabaña mientras ella dormita en mis brazos.

La cabaña está tan silenciosa cuando volvemos que parece que se encuentre abandonada. La dejo en el sofá y le traigo un vaso de zumo.

—Bébetelo despacio, pero bébetelo.

No protesta. Sigue helada, así que voy al baño y abro el grifo de agua caliente después de poner el tapón de la bañera. Espero a que se llene y compruebo que la temperatura es óptima antes de volver al salón.

—Lyra, te he preparado un baño —digo—. Puedes meterte cuando quieras para entrar en calor.

Me mira, con la cara tiznada de tierra y una mueca de dolor en el rostro, y todo lo que quiero es acortar la distancia que nos separa y borrarla. Quiero poder ayudarla de alguna manera, aliviar su dolor... Pero es un dolor que yo he causado. Dudo que sea capaz de remendarlo por mis medios.

—¿Puedes ayudarme? —pregunta.

Pues claro. Con el tobillo así, no va a poder entrar en el baño por sus propios medios. Suspiro y me acerco para ayudarla. Se cuelga de mi hombro y cojea hasta el cuarto sin decir palabra. Se sienta en el retrete tras bajar la tapa y procede a quitarse la ropa despacio.

—¿Quieres que me vaya? —murmuro.

Ella niega con la cabeza.

—No. Quédate conmigo.

Me mantengo a un lado mientras ella se desnuda, con más dolor que intención seductora. Cuando la miro, no veo a la mujer a la que amo como algo deseable, sino como algo que podría haber perdido si no hubiera salido a buscarla. Por eso la ayudo a meterse en la bañera sin apabullarla y solo me acerco cuando me lo pide.

Me entrega la esponja húmeda y me pide que le frote la espalda y los brazos. Con ternura, la sumerjo en el agua jabonosa y procedo a lavarla cuidadosamente, sin apretar o frotar demasiado.

—¿Quieres que te explique por qué lo hice? —murmuro, sabiendo que puede responderme que no y lo que eso significaría.

Ladea la cabeza y suspira.

—¿Cambiaría eso algo?

—No lo sé. Tal vez.

—Entonces dímelo.

Mojo de nuevo la esponja y la estrujo sobre uno de sus hombros, de modo que la espuma caiga por su espalda y su pecho.

—Yo estaba haciendo mi vida, como siempre, cuando vinieron a mi casa tu padre y unos cuantos matones. Me preguntaron por ti. Habías desaparecido y habían oído que teníamos algo. Les dije que no tenía ni la menor idea de lo que había ocurrido, que hacía semanas que no hablábamos, pero se pusieron muy insistentes. Se fueron, pero me quedé con la mosca tras la oreja. Además, sabía que tú te habías marchado y me habías preocupado. —Suspiro—. Una hora después, cuando anocheció, volvieron a por mí. Yo estaba armado y preparado. Intentaron secuestrarme, supongo que para torturarme o usarme como cebo para ti, así que los maté a los tres.

Lyra se queda tensa.

—¿Es eso verdad?

Asiento.

—Te lo juro. Les metí dos tiros a cada uno para defenderme, nada más. Cogí lo que pude y me marché para buscarte, y por el camino alquilé la casa y tracé un plan. Estoy seguro de que la banda estará demasiado ocupada eligiendo a un nuevo jefe como para preocuparse por dónde nos encontramos nosotros. Seguro que no tardan mucho en empezar a apuñalarse, así que tenemos tiempo de sobra para volver o... lo que prefieras.

Lyra no dice nada, pero sacude la cabeza de manera afirmativa. Después me pide que le lave el pelo, y lo hago.

Después de enjuagarla y aclararle la melena, la ayudo a salir y la envuelvo en un albornoz. Como aún no puede andar, la subo al piso superior y la dejo en su habitación.

—Lo que pensaba era —digo desde la puerta— aprovechar el caos para escapar juntos a Europa y ser felices de una vez, sin que nos preocupara que tu padre nos encontrase. Pero... No sé qué es lo que quieres hacer. No había pensado en qué pasaría si te enterabas de lo que había ocurrido.

Lyra se muerde el labio, cansada y dolida.

—Yo tampoco lo sé. Pero... —Sacude la cabeza—. Me parece que lo que quiero es volver a casa y empezar de cero. Ahora que no está mi padre, tal vez pueda aprovechar para tener la vida normal que siempre he deseado.

Asiento, triste.

—Entonces mañana mismo te llevaré allí. Descansa.

Me paso la noche en vela luchando contra las sábanas y mi propio abatimiento. Ya he hecho todo lo que podía hacer para intentar retenerla junto

a mí y no ha servido de nada. Lo justo es que cumpla sus deseos y la deje ir, aunque en mi egoísmo me gustase encadenarla a mi muñeca para tenerla siempre cerca.

Lo más triste de todo es que haya tenido que ser ahora, después de que ella admitiera al fin qué tipo de mujer quiere ser... Pero hay cosas que no pueden perdonarse. Aunque haya sido en defensa propia, no dejo de ser el hombre que ha matado a su padre. A pesar de que fuese un hombre asqueroso y se comportara con ella como un tirano, es quien es. Bueno, era quien era.

Suspiro. Tengo la leve esperanza de que Lyra abra la puerta y venga a mí durante la madrugada, y cuando escucho crujidos en la vieja estructura de la casa pienso que es ella... pero en realidad no es más que el viento golpeando las copas de los árboles que nos rodean, o el sonido de las tuberías.

No sé si duermo o velo, pero me despierto a las seis de la mañana cuando el sol me besa las pestañas. Me levanto de la cama, me froto la cara y recuerdo que probablemente hoy sea el último día que la vea. Después de dejarla en casa tendré que encaminarme al aeropuerto para huir a Europa, como tenía pensado. Ahora que la he perdido, aquí no me queda nada.

Le sirvo el último desayuno y la acompaño, aunque ninguno de los dos tiene mucha hambre. Nos limitamos a beber café y mordisquear una tostada aunque ambos llevamos varias horas sin comer, pero la perspectiva de que este sea nuestro último encuentro nos cierra a los dos la garganta. Apenas hablamos, solo nos miramos de vez en cuando con una pena infinita, aunque no estoy seguro de que en su caso sea esa expresión. No sé si lamenta no volverme a ver o en el fondo se alegra. Soy la cicatriz que le recuerda demasiadas cosas dolorosas.

Después de rehacer las maletas, subimos al coche y nos vamos. Nos lleva un par de horas dejar las carreteras secundarias de montaña en las que la radio se escucha solo a ratos y hay que andarse con mil ojos para no atropellar a un animal salvaje. No nos topamos con ningún coche y tampoco hablamos.

Cuando llegamos a la autopista, ella murmura al hacerse una idea de dónde hemos estado todo este tiempo a través de las señales de la carretera. La radio escupe los últimos éxitos y yo hago ademán de apagarla, pero ella me lo impide. Nuestras manos se rozan y nos miramos... pero yo no tardo en volver los ojos hacia la carretera.

Paramos a almorzar en una estación de servicio muy parecido al diner en el que la encontré el otro día. Seguimos sin tener mucha hambre, pero si no llenamos el estómago nos vamos a desmayar.

—Entonces, ¿te vas a ir del país? —pregunta mientras da vueltas a un plato de espaguetis con el tenedor.

Asiento.

—Probablemente a Italia, aunque no estoy seguro. Creo que voy a coger el primer avión que me encuentre y a ver a dónde me lleva. Iré con lo puesto y trataré de sobrevivir. Siempre se me ha dado bien. Como tú dices, soy lo que soy. Para la gente como yo siempre hay trabajo en todas partes.

Sonríe sin ganas. Su mirada se cruza de nuevo con la mía y me parece ver su pena por primera vez. Alargo la mano y rozo la suya, pero no me atrevo a hacer más. Ella me aprieta los dedos y se me queda mirando largamente. Los ojos le brillan. Antes de llorar me suelta y aparta la mirada, y ahoga la tristeza bebiendo café. Yo hago lo mismo. Aún nos queda un trecho largo y podemos disfrutar de nuestra mutua compañía un poco más.

Las siguientes tres horas se pasan en un suspiro. Antes de que nos demos cuenta hemos vuelto a Miami; después de tantos días lejos de la civilización, el ruido y el gentío se me hacen pesados. Ojalá hubiera algún modo de vivir para siempre escondidos en las montañas, sin más compañía que la mutua. Ojalá las cosas fueran más sencillas y no tuvieran que acabar así.

Conduzco despacio hasta la zona residencial donde vive Lyra. Supongo que, aunque su padre ya no esté, su madre la acogerá como es debido y que le esperará el futuro que yo no podría darle.

Ahora que he parado el coche, Lyra mira a través de la ventanilla hacia el jardín de su casa y suspira.

—Ya estamos aquí —digo suavemente—. Puedes marcharte.

Posa la mano en la manija de la puerta... pero no la aprieta. La retira. Se da la vuelta y me mira a los ojos. Está llorando.

—¿Y si nos fuéramos, Marco? Tú y yo, lejos de todo. Lejos de mi familia, de la mafia, de nuestros pasados. A Europa o a Colorado, a donde tú quieras. Tú y yo, ahora. Sin pensar. Sin darle vueltas.

Trago saliva.

—¿Y empezar de cero?

Me echa los brazos al cuello y junta su nariz con la mía.

—No hablar más, solo querernos. Empezar de cero como las personas que somos. Sin remordimientos.

—Sin remordimientos.

La beso profundamente, hasta que se nos acaba la respiración. Y entonces piso el acelerador a fondo y nos alejo de toda esta historia.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestros lectores.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

La Mujer Trofeo – Laura Lago

Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Esclava Marcada – Alba Duro

Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y

Mafioso

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo

(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“*Bonus Track*”

— *Preview de [“La Mujer Trofeo”](#)* —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo

inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo

su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene

marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Adem as, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—.  Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que est  haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se est  pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga.  Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso,  qu  más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va.  Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una

frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.